

AYLLU-SIAF, Vol. 3, N° 2, Julio-Diciembre (2021) pp. 65-121

ISSN: 2695-5938 e-ISSN: 2695-5946

DOI: 10.52016/Ayllu-Siaf.2021.3.2.4

ESCRITURA Y ESTILO LITERARIO (CIORAN, CARACO, GÓMEZ DÁVILA).

Sigifredo Esquivel Marin, Universidad Autónoma de Zacatecas, México.

Recibido: 2021-08-06

Aceptado: 2021-11-30

Resumen

Pensadores-escritores tan absolutamente singulares e irreductibles como Emil Cioran, Albert Caraco y Nicolás Gómez-Dávila tienen en común, más allá de sus diferencias infranqueables, una vocación estética por hacer de la escritura una exploración radical del pensamiento y del arte. Su crítica radical contra todo orden establecido y por establecerse conlleva un ejercicio de lucidez extrema como auto-desollamiento sin fin donde la escritura funge como horno de alta fundición o fundación del enigma en la nada. Escritura en estado ígneo que se cristaliza en interferencias existenciales, es decir, en juego y rejuego de escrituras cruzadas, y no obstante absolutamente singulares, más que únicas anómalas y extrañas; la extrañeza de su escritura despliega y pliega la extrañeza de su propia existencia. Y a partir de algunas intuiciones de dichos pensadores-escritores es que aquí se explora el entre-cruce de estilos, pensamientos y experiencias bajo un sello único y singular da cuenta de derivas creadoras que se sustraen a toda apropiación o expropiación académica o escolar. Se trataría de repensar la escritura como un vaso de precipitado de una existencia limítrofe al borde de la melancolía.

Palabras clave: escritura, lucidez, modernidad, desencanto, nihilismo.

Abstract

Thinkers-writers as absolutely unique and irreducible as Emil Cioran, Albert Caraco and Nicolás Gómez-Dávila have in common, beyond their insurmountable differences, an aesthetic vocation for making writing a radical exploration of thought and art. His radical criticism against all established order and to be established entails an exercise of extreme lucidity as endless self-skinning where writing serves as a high-melting furnace or foundation of the enigma in nothingness. Writing in an igneous state that crystallizes in existential interferences, that is to say, in play and replay of crossed writings, and nevertheless absolutely singular, rather than just anomalous and strange; the strangeness of his writing unfolds and folds the strangeness of his own existence. And from some intuitions of said thinkers-writers, it is that here the intersection of styles, thoughts and experiences is explored under a unique and singular stamp that accounts for creative drifts that escape any academic or school appropriation or expropriation. It would be about rethinking writing as a beaker of a borderline existence on the brink of melancholy.

Keywords: writing, lucidity, modernity, disenchantment, nihilism.

1.- Introducción (A partir de una nota de Fitzgerald)

¿Qué tienen en común escritores tan absolutamente singulares e irreducibles como Emil Cioran, Albert Caraco y Nicolás Gómez-Dávila? A primera vista podría decirse que su refinado sentido estético preciosista, su oposición radical a la civilización moderna y su amor-odio por la devastación más extrema, pero quizá haya otros elementos que aproximarían dichas obras en un diálogo posible-imposible, quizá también, impasible, y los acercaría a la sabiduría humana ancestral más amarga y silente; justo lo contrario de lo re-siliente de estos tiempos indigentes en extremo. Pues en los tres se atisba una predisposición a la ataraxia en estado puro. Ataraxia vuelta método de una razón escéptica que ha dudado incluso de su propio escepticismo al hacer de la auto-crítica un ejercicio de lucidez extrema como auto-desollamiento sin fin donde la escritura funge como horno de alta fundición o fundación del enigma en la nada. Escritura en estado ígneo que se cristaliza en interferencias existenciales, es decir, en juego y

rejuego de escrituras cruzadas, y no obstante absolutamente singulares, más que únicas anómalas y extrañas; la extrañeza de su escritura despliega y pliega la extrañeza de su propia existencia. El entre-cruce de estilos, pensamientos y experiencias bajo un sello único y singular da cuenta de tres obras particularmente únicas que se sustraen a toda apropiación o expropiación académica o escolar.

Al final, ¿qué nos queda? Nada, absolutamente nada. Sin moral tranquilizante ni moraleja edificante, no hay nada más que un mismo gesto de escrituras cruzadas que se abisman en el umbral del silencio. Sobre el posible-imposible encuentro o desencuentro entre Cioran, Caraco, Gómez-Dávila se pueden especular algunas o quizá muchas hipótesis, pero claro está, se trataría solamente de conjeturas. Se trata de arenas movedizas donde la interpretación hermenéutica patina y resbala sin cesar. Fuera de obviedades y redundancias no queda mucho margen: autores marginales dentro del pensamiento contemporáneo, grandes estilistas cultivadores del aforismo lapidario, amantes de la soledad que abominaron la muchedumbre, anti-modernos que se situaron en las antípodas del progreso, la democracia, el desarrollo tecnológico. La estrategia esbozada aquí es otra.¹

Aquí me limito a la contemplación del drama humano a contraluz de las obras de Cioran, Caraco y Gómez-Dávila, hurgo algunas citas, glosas y notas sin otro afán que poner en relación mis lecturas, podría decirse “mis notas personales” sino fuera porque en estos tres autores hay una franca invitación a la despersonalización, desaprendizaje y huida de todo sujeto literario o intelectual como epicentro de ideas que más que tenerse se padecen como se sufre migraña, soledad, insomnio, desamor o agonía de muerte. ¿Acaso no fue Cioran quien sentenció en sus *Silogismos de la*

1 Tampoco pretendo descubrir el hilo negro o inventar el agua tibia, pues hay importantes excursiones precedentes desde la perspectiva hispánica, mencionaré los estudios pioneros de Fernando Savater, Liliana Herrera, Alfredo Abad, Rodrigo Menaces, entre otros. Estudios monográficos que buscan dar cuenta de la singularidad del pensador rumano desde nuestra circunstancia latina y más particularmente latinoamericana insular; quizá la absoluta singularidad y excentricidad filosófica de Cioran sea muy próxima a cierto tono o ánimo latino melancólico como el del maestro de Fernando Pessoa, Bernardo Soares y su excepcional *Libro del desasosiego*, no se trata de influencias sino de confluencias profundas y profusas de estados páticos o patéticos del alma bajo la exasperación de la conciencia como lucidez límite.

amargura que todo comentario resulta funesto e inútil y no añade nada valioso sino glosas prescindibles?

Tal vez la vida y la obra de un autor tan paradigmático como maldito, quien se hundiera en el alcohol, mientras su mujer Zelda Sayre en la demencia, haya atisbado una idea que podría servir de hilo conductor para pensar un diálogo entre estos autores. Al respecto el propio Cioran nos da algunas pistas y claves valiosas en sus *Excercises D'admiration* al subtítular su elogioso reconocimiento al autor de *El gran Gatsby* como *la experiencia pascaliana de un novelista americano*. Y añade que la lucidez encetada – del escritor mimado y prostituido por Hollywood – ha cristalizado en la única fuente de clarividencia vital que es el sufrimiento que se vive bajo una perpetua crisis abismada en los umbrales de la irremediable catástrofe.² Por su parte Scott Fitzgerald había escrito, palabras más palabras menos, que la vida no es sino una desintegración tanto por los embates del exterior como, y sobre todo, por los embates internos. Mientras que los golpes de fuera muestran sus efectos de manera inmediata, los que provienen del interior tardan, pero quizá sean más profundos e implacables e impredecibles:

Considero ahora que la condición natural del adulto consciente es de una infelicidad determinada. Pienso también que en un adulto el deseo de ser de una clase de grano más refinado del que es, mediante “una lucha constante” sólo contribuye a esta infelicidad – ese punto terminal que sobreviene a nuestra juventud y esperanza—. En el pasado, a menudo mi propia felicidad alcanzaba tales niveles de éxtasis que no era capaz de compartirla ni siquiera con la persona que más amaba, y entonces tenía que reservarla para calles y pasajes tranquilos, pudiendo tan sólo destilar unos fragmentos de ella en unas cuantas, breves líneas de mis libros; y creo que mi felicidad, o bien mi talento para el auto-engaño, o lo que ustedes quieran, era una excepción. Me las arreglaré para vivir conforme al nuevo designio, si bien he requerido algunos meses para estar convencido del hecho. Y al igual que el festivo estoicismo que ha permitido al negro estadounidense soportar las intolerables condiciones de su

2 Cioran, E. M. “Excercises D'Admiration”. *Ceuvres*. Paris: Gallimard, 1995, p. 1612.

existencia, aún a costa de perder su sentido de realidad, en mi caso también tengo un precio que pagar. Ya no me agradan el cartero ni el tendero, como tampoco el editor ni el marido de la prima, y llegará el momento en que éste también me rechace, de manera que la vida jamás volverá a ser harto placentera, y justo encima de mi puerta penderá por siempre un letrero que diga *Cave Canem*.³

Sin embargo también había dicho el propio Fitzgerald, que la prueba de una inteligencia superior es la capacidad de tener dos ideas contrarias, sin confusión alguna, al mismo tiempo, y aun así funcionar con lucidez extrema. Uno puede saber en carne propia que las cosas no tienen remedio, pero hacer todo lo necesario y estar completamente decidido a cambiarlas, sin sentirse frustrado o insatisfecho. La vida siempre es un deporte extremo, y saber como el viejo sofista Gorgias que es sabio engañar, y más sabio descubrir el engaño, pero nadie tan sabio como alguien que sabiéndose engañado, actúa *como si no*. “Como si” y “casi nada” son todo lo que se tiene, del como si y del casi nada a la nada es muy fácil pasar, y sin embargo, saber situarse en ese umbral, sin claudicar es quizá la mayor sabiduría —tal vez la vía media del budismo Zen haya expresado con mayor clarividencia dicha intuición. Este *como si* y el *casi nada* constituyen el arte esencial radical, sin parangón alguno, y aquí, Emil Cioran, Albert Caraco y Nicolás Gómez-Dávila, han sido grandes maestros entre los más grandes, sus lecciones de vida aún nos dejan mucho por seguir aprendiendo. En este sentido se trataría de pensar en su compañía, en diálogo fraterno e íntimo, pero al mismo tiempo de apertura, de disenso y diferencias que nos constituyen como seres singulares.

Cioran cuenta como fue que escribió, a los veintidós años, en una pequeña ciudad de Transilvania, su primer libro, *En las cimas de la desesperación*. Había acabado sus estudios de filosofía y fingía escribir una tesis sobre Bergson. En aquella época la jerga filosófica halagaba su vanidad y despreciaba a quien no la utilizara: “Pero una conmoción interior acabó con ello echando por tierra mis proyectos. El fenómeno capital, el desastre por excelencia es la vigilia ininterrumpida, esa nada sin tregua. Durante

3 Fitzgerald, Scott. “El colapso”. *El placer y la zozobra. El oficio de escribir*. México: UNAM, 1996, pp. 201-202.

horas, en aquella época, me paseaba de noche por las calles desiertas o, a veces, por las que frecuentaban las solitarias profesionales, compañeras ideales en los instantes de supremo desánimo. El insomnio es una lucidez vertiginosa que convertiría el paraíso en un lugar de tortura. Todo es preferible a ese despertar permanente, a esa ausencia criminal del olvido. Fue durante esas noches infernales cuando comprendí la inanidad de la filosofía⁴. La inanidad de la filosofía es vivida aquí como fidelidad absoluta a la tragedia pura y dura de la catástrofe. En semejante estado de ruina cumplida, Cioran, Caraco y Gómez-Dávila concibieron sus libros, como flores ígneas en cuyo último fulgor, se vislumbra una extraña luz mortecina, pero no pero ello menos vital; su vitalidad está en el movimiento de una escritura pensante que siendo siempre la misma renueva la guillotina de su mirada en el encuentro cotidiano.

Para Albert Caraco y Gómez-Dávila, escribir sería asumir la derrota por partida doble, la derrota inexpugnable que marca la intromisión de un ser vivo en este mundo, y el hecho risible de que se asuman desde la dudosa tarea de ser escritores, aún así, conlleva una amarga ironía donde “sólo el escritor paciente y laborioso sirve manjares succulentos y envenenados al lector”⁵, siempre y cuando haga de la auto-crítica más radical la forma suprema de escarnio y piedad. Escarnio llevado al delirio de la risa sardónica, es decir, a la sabiduría de la conmiseración humana desde la habitación misma del estado cumplido de ruinas, es decir, sabiduría de la piedad en estado puro. Escribir plasma una inmisericorde sinceridad como desollamiento sin fin que se vuelve poderoso antídoto contra la estulticia infranqueable, puesto que no es el sentido del ser ahí lo que nos interroga acerca de nuestra humana condición sino el sentido de la estupidez como condición límite. La escritura como ejercicio de interrogación infinita de nuestra condición finita es una cuestión central del pensamiento y de los procesos y prácticas de subjetivación para potenciar espejos críticos de autocreación de sentido en la actual debacle nihilista de todo sentido.

El problema fundamental de este puñado de autores excepcionales

4 Cioran, E. M. “Sur les cimes du désespoir”. *Œuvres*, op. cit, p. 17.

5 Gómez-Dávila, Nicolás. *Breviario de escolios*. Girona. Atalanta, 2018, p. 35. [Cita ligeramente modificada.]

es que su saber y pensamiento, e incluso escritura, es de un orden no-transmisible. Resisten toda tentación de apropiación, nada más ajeno a su silente cátedra que la recepción académica erudita. Así que todo decir acerca de su obra está condenado a maldecir: glosa maledicente. Sin miedo a la ruina o fracaso de toda tentativa, asumimos aquí la derrota por partida doble, derrota de la palabra y del pensamiento, pero también derrota de una razón humana que bordea las cercanías de abismos e enigmas tan insondables como lacerantes. Pero no todo está perdido, quizá sea precisamente todo lo contrario en estos tiempos de pesimismo posmodernista melancólico. Nos queda, si acaso, la sabiduría del viaje, de estar siempre de viaje en pos de Ítaca, el camino es largo y la única certeza es el apremio de seguir la marcha sin brújula; sin prisa, sin pausa, seguir, siempre seguir. A sabiendas de que entre la nada del origen y del fin, nos quedan únicamente pequeñas naderías tan insignificantes y risibles como lo es la existencia humana limítrofe y fronteriza. Pero el disfrute y el compartir sus frutos en la comunión de los mortales es fundamental para hacer y rehacer el sentido de la existencia y coexistencia humana de cara al mundo contemporáneo en y desde sus márgenes de apertura y de reinención. Lejos del derrotismo apocalíptico reinante, pero también muy lejos del optimismo que se evade de los desafíos y retos del presente, se trataría de pensar, escribir e imaginar la escritura como un dispositivo de impugnación y crítica radical sin concesiones. Escribir despliega un devenir creador de mutaciones y transmutaciones donde se posibilitan otras formas de ser y estar consigo y con los demás desde una lucidez lacerante despiadada.

2.- Cioran o la vitalidad melancólica

Para leer a Cioran

Para leer a Cioran —si hacemos caso de su exégesis de lectura— tendríamos que dejar de pensar en la lectura como un trabajo intelectual de validación o convalidación del conocimiento. Leer no sería sino una suerte de viaje sin mapa y sin destino, lleno de desatinos y aventuras. Glosar, desglosar, gozar: una lectura imposible, una lectura arrojada al abismo de significaciones anómalas y anómicas; sin orden y sin ley, el juego de significantes se hunde en una semiosis sin término. Escritura, pensamiento

y vida son parte de un mismo combo existencial. De ahí que el cultivo del aforismo, desde su juventud, estaría ligado al cultivo y culto de un oasis protector en medio de la nada más absoluta. Preservar un refugio protector. De ahí también su consideración que sean modelos de estilo cioranesco el juramento, el telegrama y el epitafio. Fuera de las estrategias retóricas no hay nada, las estrategemas quedan al desnudo, huérfanas de toda elegancia y sapiencia, muestran su desnudez brutal. Y por supuesto: su credo literario de que una obra nos debe hacer cimbrar, mostrarnos las contradicciones y paradojas irresolubles. Un libro tendría que ser una bomba de tiempo que hace implosión en el corazón de nuestras creencias. Por tanto no hay una forma recta o co-recta de leerle, de apropiarse de su obra. Nada más lejano a Cioran que empaquetar su obra en una tesis o monografía académica que responde y corresponde a una venerable tradición filosófica heterodoxa marginal, lo cual no es del todo incorrecto, pero no hace verdaderamente justicia ni a su búsqueda ni a su trayectoria vital e intelectual.

Para evitar cualquier paráfrasis que glose o desglose el original me circunscribo a merodiar sus sentencias, cicutas literarias y ocurrencias sin más, y luego hacer una serie de comentarios prescindibles pero breves; creo que todo comentario sobre Cioran siempre corre el riesgo de ser una paráfrasis tan innecesaria como parasitaria, las peores son los que intentan regresarle cierto parecido de familia con los juegos del lenguaje de la filosofía académica. La antifilosofía cioranesca menos que replantear los horizontes de la crisis de la filosofía moderna, con la cual comparte el tono y talante de época, se despliega como una invitación a hacer del drama del pensamiento, como acontecer en acto, un esfuerzo de arañar con grafías exquisitas las fronteras de una experiencia aciaga y ciega: atletismo patético de un pensamiento vuelto contra sí, extasiado en el drama de su soledad patética y margina, siempre en la sombra de los grandes acontecimientos.

Leemos a Cioran como asistir al funeral de nuestro peor enemigo, su disfrute tiene algo de secreto y furtivo, de placentera culpabilidad. Lejos de sentirse uno timado o defraudado, la lectura de Cioran siempre surte un efecto de rejuvenecimiento, de potencia de ultratumba en estado puro, por eso se recomienda en pequeñas dosis, como un purgativo de abuela tan necesario como infalible. Su ironía ilustrada es menos un recurso de crítica literaria y estilismo que una estrategia para hacer de la risa y sonrisa argumentos y cadenas argumentativas cuyo único hilo conductor es plegar

y desplegar la sangre viva de una lucidez lacerada al rojo vivo. No sin razón —sentencia— que en cada época se cree asistir a la desaparición de los últimos rastros del Paraíso terrestre, no queda nada ya sino ruinas sobre ruinas. Por eso es que Cioran, no tuvo que esperar a la vejez, ya desde muy joven sabía lo que aquella verdad aciaga que Kant descubrió en la vejez al *darse cuenta de los lados sombríos de la existencia y señalar: “el fracaso de toda teodicea racional”*. Otros, más afortunados, se dieron cuenta de ello antes incluso de comenzar a filosofar. Contenido y forma da cuenta de un mismo ideario, que bien, podría ser todo lo contrario de un ideario: *Mi misión es ver las cosas tal como son. Todo lo contrario de una misión...*⁶

Apátrida rumano que escribió en francés recluido en la soledad de un departamento parisino. Voraz lector que condena las lecturas académicas y eruditas, pero sus lecturas siempre, o casi siempre, son muy puntuales y luminosas, pues hablan tanto del autor como del comentarista de manera bastante original. Como un artista del crimen perfecto, no busca dejar huellas de sus deudas literarias, su originalidad queda sepultada tras el olvido sistemático e intencional de sus influencias. Empero, como diría Valéry, a quien admiraba profusa y profundamente, “nada más original, nada más propio que alimentarse del otros. Pero es necesario digerirlos. El león está hecho de carnero asimilado”. Las amplias y profundas lecturas de Cioran son tratadas en un alambique intelectual a la manera de los antiguos alquimistas, no hay lectura suya que no sea una apropiación rigurosa, creativa, pasional, profundamente personal y vital a más no poder. Más que leer un libro o una obra, los vampiriza, les extrae su savia y sabiduría vitales. Su lecturas son *ejercicios de admiración* —para decirlo con un título emblemático— que a su vez son ejercicios de transvaloración apropiadora e iconoclasta.

Su condición paradójica y paradójal puede ser engañosa. Pues más allá de sus aparentes contradicciones hay una unidad y coherencia orgánica y vital en su obra, una obra que no deja de profundizar en los mismos temas y problemas con distintas y distantes perspectivas. Hay cambios de tono, de aliento, de escritura, de estilo, de interrogaciones y de certezas cada vez más minadas o dinamitadas desde su interior. No obstante, siempre

6 Cioran, E. M. *Ese maldito yo*. Barcelona: Tusquets, 2012, pp. 13-85.

guardó fidelidad a sus obsesiones, manías y preocupaciones existenciales. Cioran es un pensador monomaniático, monotemático, incluso reiterativo en sus gestos, obsesiones, juicios y prejuicios.

Lector de Dante y los cristianos herejes, recorrió todos los círculos de infierno y se adentró en su hoguera hasta llegar a su centro indiferente e impenetrable, de la vehemencia frenética y exaltación lírica a la duda e ironía, para terminar en el silencio, recogimiento y ataraxia. Casi una santidad laica: cristianismo sin Cristo, y claro está, sin redención alguna posible; budismo sin zen y sin la guía de Buda, o peor, o mejor aún, seguidor de una multiplicidad de Budas extraviados y extasiados en su desesperación e insignificancia sin moral y sin moraleja alguna.

Schopenhauer influye en la juventud de Cioran tanto como Nietzsche, pero su influencia es más bien vital. Es una lectura con y desde el cuerpo. Empero su cercanía con el pesimismo del autor del *Mundo como voluntad y representación* es aparente, Cioran no deja de reírse de su propia condición humana, casi como diciendo no es para tanto la cosa. Un caso ejemplar, más que de influencia, de verdadera confluencia y auténtica complicidad fue el de Pascal, pero sería exudado de un Pascal apóstata, irreverente e impenitente, quien representa para el rumano un modelo ejemplar de pensamiento doliente abismado en la infinitud divina y sumergido en los meandros de una existencia humana, finita, fallida, errática, errante. Las meditaciones pascalianas le representan una praxis vital de cómo hacer del sufrimiento una forma de arte espiritual superior, pero sin la promesa soteriológica de salvación ni sublimación de la culpa.

La singularidad de Cioran no es el caso de un genio solitario sino que hay toda una estela de grandes pensadores rumanos, antes y después como Nae Ionescu, Mircea Eliade, Eugen Ionesco, Constantin Noica, y el propio Ciprian Valcan. Así pues la crítica al racionalismo y el idealismo, a las influencias francesas y alemanas, Cioran, junto con su generación, está en medio de dos fuegos: Francia y Alemania, el pueblo rumano se asume en los márgenes. *Márgenes* que escritores pensadores como Jorge Luis Borges y Octavio Paz han visto como auténticos espacios de disidencia creativa e interpelación de las grandes metrópolis culturales e intelectuales. Empero, para Cioran el margen nunca fue una opción de pureza o disidencia marginal heterodoxa sino una forma de habitar los pantanos y miasmas del ser desde sus abismos entrañables. Ser marginal no era para él una opción política, ética o estética deseada o buscada sino una condición

humana consciente de su ser limítrofe.

Siendo —para Cioran— “el hombre un animal enfermizo, cualquiera de sus palabras o de sus gestos equivale a un síntoma”. La sintomatología del hombre es su propia existencia carroñesca, que no obstante su infección malsana y mórbida existencial, no deja, de vez en cuando, de prodigarnos hermosas obras y experiencias, si bien para vislumbrar lo esencial no debe ejercitarse ningún oficio o beneficio alguno, tampoco es necesario viajar para reconocer la miseria humana que está al alcance de todos y en todas partes, basta permanecer todo el día tumbado, gimoteando, compadeciéndose, lacerando las heridas propias y ajenas se pueden atisbar verdades envenenadas como: *El hecho de que la vida no tenga ningún sentido es una razón para vivir, la única en realidad*. Empero, a diferencia del absurdo nietzscheano afirmativo de alguien como Camus, en Cioran la lógica del absurdo no tiene un desenlace catártico o alquímico en algún ultrahombre rebelde. Hay una dimensión heroica en la obra y el pensamiento de Camus, que para Cioran resulta tan sospechosa como su negación. No es que esté a favor de la aceptación acrítica del orden sino que tiene la lucidez extrema de reconocer que la impugnación radical no es meramente cuestión de levantar la voz o hacer aspavientos desmesurados. A diferencia del autor de *El extranjero*, no considera que la pasión por el absurdo sea una elección consciente y soberana sino una aceptación resignada de no poder ser más que un hombre finito miserable dolido de sus miserias infinitas. Quizá podría decirse que las posiciones de Camus y de Cioran ante el absurdo son diametralmente opuestas y antitéticas, Camus dilucida la experiencia del absurdo ante la confrontación de su amor a la vida y la verdad amarga de su desencuentro fundamental y fundacional. En su obra paradigmática *El mito de Sísifo. Ensayo sobre el absurdo*, nos advierte ya de inicio, que el absurdo es una enfermedad del espíritu de nuestra época:

A la vuelta de la esquina de cualquier calle, el sentimiento de lo absurdo puede golpear el rostro de cualquier hombre. Tal cual, en su desoladora desnudez, en su luz sin rayos, es inaprensible. Este inaprensible sentimiento de lo absurdo quizá podamos alcanzarlo entonces en los mundos diferentes, pero fraternos, de la inteligencia, del arte de vivir o del arte simplemente. El clima de lo absurdo está en el principio. El fin es el universo absurdo y esta actitud del espíritu que ilumina el mundo con una luz que le es propia,

para hacer resplandecer el rostro privilegiado e implacable que ella sabe reconocerle. Todas las grandes acciones y todos los grandes pensamientos tienen un principio ridículo. Las grandes obras nacen frecuentemente a la vuelta de una esquina o en la puerta giratoria de un restaurante. Así nace lo absurdo. El mundo absurdo más que ningún otro saca su nobleza de este nacimiento miserable.⁷

Cioran comparte con Camus la experiencia del extravío de la rebelión de la carne frente al espíritu y viceversa, sin embargo, el razonamiento y la actitud ética y política, así como sus consecuencias prácticas son radicalmente distintas y distantes. Heredero de Descartes, Kant, Hegel y Nietzsche, y sobre todo de Marx, Camus busca asumir serena, lúcida y valientemente la confrontación con el absurdo del mundo, entre el desencuentro entre mundo y hombre se produciría –según él– la lógica del absurdo como núcleo y nudo gordiano fundamental del ser humano en el mundo, aclara: “El absurdo depende del hombre tanto como del mundo”⁸. Para Camus, la revelación de lo absurdo constituye una certeza vital tanto como metafísica y también exige una postura honesta de lucha trágica. Casi podría asentir con Freud que *ahí donde estaba el ello se trataría de que advenga, mediante un esfuerzo de lucidez heroica, un yo trágico, finito* que confronta y afronta lo absurdo desde la claridad de su conciencia prístina. De ahí su consideración de que la absurdidad es la pasión humana más desgarradora. Para Cioran la lucidez no consiste en aceptar o condenar el absurdo, su conciencia melancólica y desdichada conmina a salir del círculo del error, la ilusión, la falsedad y la verdad, vuelve irrisorias todas las posiciones, tanto afirmación como negación, aquí tomar posición resulta *casi imposible*; no hay experiencia ni saber ni sabiduría del absurdo, sino atisbos de decepción anticipada. Y la lucidez, lejos de ser una preciada conquista del hombre libre que se rebela contra el mundo –a diferencia de Camus considera Cioran que– sería un martirio permanente, una atadura más intolerable que cualquier tara humana. En última instancia, para Cioran, lo

7 Camus, Albert. “El mito de Sísifo. Ensayo sobre el absurdo”. *Ensayos*. Madrid: Editorial Aguilar, 1981, pp. 99-100.

8 *Ibid.*, pp. 106-107.

mismo daría afirmar, negar o contraponerse al absurdo, de su experiencia disolvente y corrosiva, corrupta en esencia, no se obtiene conocimiento alguno. Quizá podríamos decir que la perspectiva heroica y trágica de Camus ante el absurdo no deja de ser un poco sospechosa de hacer trampa frente al encuentro despiadado con el absurdo, pero, tampoco se podría juzgar de incosecuente o no radical, pues ante el absurdo del mundo y del hombre todo, absolutamente todo es posible, o bien, imposible. Así que el mismo Cioran diría que ser contradictorio e inconsecuente ante el absurdo es una forma, aunque insuficiente y provisional, de afrontar su enigma y la imposibilidad de disipar su misterio inefable. Quizá nuestra propia condición sea oscilar entre actuar como si fuera posible dar la batalla en la lucha trágica diaria, y al final de la jornada asumir que se ha fracasado y que no queda otra más que seguir fracasando. Nos encomendamos a San Camus, pero sabemos que San Cioran es como el Espíritu Santo que impone su juicio final. El propio Cioran le daría en parte la razón a Camus cuando se defiende del señalamiento de que ha sido acusado con frecuencia de seguir escribiendo, corrigiendo haciendo cosas como todo mundo: "Sin embargo continúa usted respirando. —Sí, hago como todo el mundo. Pero..."⁹. En este *pero*, en este "no obstante", en su expresión adverbial se juega el ser humano el todo por nada en la vida cotidiana. En ambos casos, tanto Camus como en Cioran, nos queda al final una tenue sonrisa en el rostro, en el primero, por la satisfacción extenuada de luchar contra lo imposible e inefable, en el segundo, por reconocer la decepción resignada de toda lucha.

Cioran está en contra del orden establecido no por clamar o reclamar otro orden venidero verdadero; se manifiesta en contra de toda las verdades de pacotilla del orden y del pensamiento hegemónico. Su discreta rebelión nihilista es del bando de los desahuciados. Está en contra de todo y de todos y a favor de nada ni de nadie. Rechaza e impugna toda verdad, o bien encuentra, las certidumbres filosóficas más rancias tan insignificantes y espurias que mejor sería callar, pero como también la coherencia, en la parcela de la vida humana, resulta tan impostada como artificial y deshonesto, lo mejor es seguir hablando, escribiendo,

9 Cioran, E. M. *Ese maldito yo*, op.cit., p. 62.

traicionándose en la página en blanco como venganza contra el dictum imposable e imasable, quizá también, impostergable, de destino humano: *Cuando se ha salido del círculo de errores y de ilusiones en el interior del cual se desarrollan los actos, tomar posición es casi imposible. Se necesita un mínimo de estupidez para todo, para afirmar e incluso para negar.* La escritura como venganza, como dulce venganza contra todo y contra todos. La cuestión de estilo como conciencia de escritura estaría ligada a remontar el hastío e indubitable certeza de que uno no tiene nada que decir, ninguna verdad que aportar: “Con certezas, el estilo es imposible: la preocupación por la expresión es propia de quienes no pueden dormirse en una fe. A falta de un apoyo sólido, se aferran a las palabras —sombras de realidad—, mientras los otros, seguros de sus convicciones, desprecian su apariencia y descansan cómodamente en el confort de la improvisación” había escrito ya en *Silogismos de la amargura*. Para él habría que desconfiar de todos aquellos que profesan el bien supremo como garantía de su vida y de su obra, más allá de su contenido explícito late un fondo común de venganza, odio e ira contra los que nos afirman su credo, y en este sentido, justo en este sentido exacto, es que asume que escribir es una forma de interrogarse y de pactar una tregua con el caos mundano:

Hay experiencias a las que no se puede sobrevivir. Experiencias tras las cuales se siente que ya nada puede tener sentido. Después de haber conocido las fronteras de la vida, después de haber vivido con exasperación todo el potencial de esos peligrosos confines, los actos y los gestos cotidianos pierden totalmente su encanto, su seducción. Si se continúa, sin embargo, viviendo, es únicamente gracias a la escritura, la cual alivia, objetivándola, esa tensión sin límites. La creación es una preservación temporal de las garras de la muerte.¹⁰

Escribir sería —según Cioran— pactar con la nada, negociar un armisticio con el sinsentido implacable de la existencia. La escritura no redime la vacuidad del mundo y del ser humano, pero nos permite una segunda vida, un poco más plena, más llevadera, más inteligente y lúcida,

10 Cioran, E. M. “Sur les cimes du désespoir”. *Œuvres, op. cit.*, p. 22.

donde las limitaciones infranqueables de la vida humana se vuelven más sutiles, adquieren una expresión teñida de belleza patética. El estilo sitúa su cruenta lucha por alcanzar el tono exacto de ese patetismo de la belleza que se oculta en las cosas y experiencias nimias. Ahora bien, el estilo literario de Cioran tuvo que remontar el penoso exilio de la patria y de la lengua, pues sufre en carne propia la dificultad de no dejar de ser extranjero ni extraño en una lengua que ha llegado a dominar no sin sospecha de faltar a la norma gramatical o al sentido exacto de las palabras. Siempre fue consciente de que cambiar de idioma para un escritor es una decisión muy difícil y llena de vicisitudes y peripecias, sería como intentar escribir una carta de amor con un diccionario sin saber con justicia si lo expresado es realmente lo sentido y asentido.

A contra-corriente de la filosofía académica habría afirmado que solamente los espíritus superficiales pueden aborzar y bordar ideas con delicadeza, la profundidad es sinónimo de pesadez y gravedad de espíritu; un espíritu filosófico de plomo que desentona con su ingravidez idealista. El esteticismo y el arte poético son acaso los únicos subterfugios de las almas ulceradas, fuera de eso no queda nada, pero ni siquiera eso garantiza nada, absolutamente nada, la estética de la existencia de Nietzsche, Deleuze o Foucault serían para Cioran variantes de una estafa maestra. No hay alternativa frente a la catástrofe inmanente e inminente, y quizá saberlo ya sea en cierta forma atisbar una discreta opción resignada.

Tú hipócrita lector, ya había dicho con otro acento beligerante y provocador Baudelaire quien creía todavía en las potencias del mal como beatificación hacia el camino de una santidad atea. Cioran no deja de imprecisar e implorar, quizá también deplorar, al lector, le fastidia e irrita tanto su presencia como ausencia. Escribe para purgar su frágil soledad en el anonimato de una ciudad parisina tan exquisita como irrespirable, quizá no sea la ciudad sino la propia condición humana lo que le asedia y aterra, sin salvación ni expiación alguna; y quizá también podría suscribir esos versos de Kavafis que sentencian lapidariamente: “No hallarás nuevo país, no hallarás otra orilla. / Esta ciudad siempre te perseguirá. / Caminarás las mismas calles, / envejecerás en los mismos barrios, encancerás en las mismas casas. / Siempre acabarás en esta ciudad. No esperes nada de otro sitio: / no hay barco para ti no hay camino. / habiendo malgastado aquí tú vida, en este pequeño rincón, / la has destruido para cualquier lugar

del mundo”¹¹.

Así que no se puede esperar mucho de un comentario sobre un autor que elude y traiciona todo comentario, o quizá, y aún mejor, todo habría que esperar sin esperanza alguna. La habladuría y el chismorreo serían estrategias de lectura si el autor hubiera tenido una vida un poco más agitada, pero tampoco. No hay gran cosa al respecto: una vida tranquila con una misma esposa en un mismo departamento. Sus aventuras existenciales son noches de insomnio mucho más edificantes que las salas de una biblioteca bien equipada: *Se aprende más en una noche en vela que en un año de sueño. Lo cual equivale a decir que una paliza es mucho más instructiva que una siesta. El tedio es una forma de ansiedad, pero de una ansiedad depurada de miedo. Cuando nos aburrimos no tememos, en efecto, anda, salvo el aburrimiento mismo.* Insomnio, tedio, aburrimiento, melancolía, exaltación domeñada, frenesí sosegado, ira contenida, risas y burlas, y más risas acalladas en el mutismo de una escritura silente; no hay mucho que contar al respecto, pero quizá, sí haya suficiente. Así pues Cioran pasa de una perspectiva decadentista nacionalista a un escepticismo vitalista que deja atrás el lirismo juvenil para dar cauce a una nostalgia sin asideros, de ahí también su condición de extranjería al abandonar el rumano y escribir en francés, tomando distancia de su propio pensamiento mediante una escritura bien pensada y muy pulida. Escribir en otra lengua implica tomar distancia, establecer una relación mediada e indirecta con las ideas y la construcción estilística. Desterritorialización sin territorio, ya sin la salvaguarda de la literatura como patria imaginaria e imaginada.

Ciprian Valcan estudia las estrategias cioranescas para despistar influencias así como el ejercicio de asimilación pasional y profundamente subjetivo de los autores sobre los cuales una y otra vez regresa, casi para decir lo mismo, pero introduciendo pequeñas variaciones; y en esas pequeñas variaciones, casi del orden musical, se juega la búsqueda de estilo y de un pensamiento profundamente original. En lugar de la exigencia de la claridad, Cioran promueve un conocimiento que está bajo el signo de la oscuridad y el *pathos* afectivo bajo las más diversas tonalidades y tesituras de la existencia. Su escritura pliega y despliega un devenir caótico bajo un

11 Kavafis, “La ciudad”, *Obra escogida*. Barcelona: Fontana, 1995, pp. 27-28.

vitalismo atemperado en la resignación estoica:

Influido por Nietzsche, Cioran parece fascinado por la idea del devenir perpetuo de todas las cosas, por la constatación de que nada está fijado para siempre y que nuestro mundo es una isla de estabilidad construida artificialmente sobre bases caóticas e incontrolables. Cree que, desde el principio, los hombres decidieron sacrificar la verdad con el fin de poder asegurar su supervivencia renunciando a mirar en el abismo del desenvolvimiento y han equipado su mundo paso a paso, de modo que éste da la impresión de la permanencia sólida en este universo pleno de sentido. Para hacerlo procedieron a una producción casi infinita de ficciones convertidas poco a poco en los puntos de referencia más fiables para la vida del individuo, comenzando con los conceptos de causalidad, sustancia, finalidad, yo, libertad y terminando por la idea de moral o de Dios. Detrás de esta verdadera maquinaria se encuentra el intelecto con su terrible capacidad de ilusión, perfectamente domado por los grandes maestros de la dogmática cartesiana.¹²

Transita de la apología de un irracionalismo vitalista a una apología de la incertidumbre y del devenir crepuscular. Sublimación de la tragedia patética en un esteticismo bien atemperado, Cioran, como uno de sus grandes mentores intelectuales como lo fue Mircea Eliade, tiene una relación muy compleja con el pueblo rumano. Siempre estuvo interesado en escrutar el alma profunda y secreta de los pueblos, busca escudriñar esa esencia móvil y sempiterna que subyace al *ethos* de una comunidad. En todo caso nacionalismo e irracionalismo iniciales no fueron sino un acicate para desplegar su embate polémico que desde un principio lo sitúa en la escena del debate, pero no fueron nunca más que ingredientes púberes y no una filosofía reaccionaria como se suele ver de manera aproximada. Y quizá eso mismo fue un elemento clave en la construcción del mito del pensador radical enquistado y enemistado con el mundo y en contra de todas las ideas concebidas y preconcebidas. Cioran se fue

¹² Valcan, Ciprian. *Influencias culturales francesas y alemanas en la obra de Cioran*. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira, 2016, p. 76.

apropiando de un margen activo como espacio impolítico que no deja de tener consecuencias éticas y políticas que el propio el autor atisbó en parte, pero no en todas sus implicaciones. Se podría pensar, a partir de su obra, una política en y desde los márgenes. Una política que abreva en lo impolítico o contrapolítico como espacio de resistencia pasiva e indiferencia metódica que dinamita toda utopía progresista como veneno puro sin dejar de ofrecernos contravenenos más poderosos y letales. La disidencia de Cioran conlleva una práctica ético-política, estética y existencial, de cuestionamiento e interrogación sin fin desde una suerte de sabiduría práctica de hacer del umbral una opción radical de disenso frente a todos los consensos. Disidencia y singularidad en su obra no son objetivos buscados o trazados sino más bien la suma de coincidencias y reincidencias de exabruptos y padecimientos extremos que subjetivan y personalizan, encarnan vivamente, el sufrimiento. El drama de la finitud nos hermana con las demás soledades solidarias, pero la encarnación de su padecimiento nos singulariza en la ínsula solitaria de nuestras pasiones, afectos y afecciones. Nadie sabe lo que puede sufrir o gozar un cuerpo, ni siquiera el cuerpo el mismo que carece de lenguaje sino es por la imposición e impostura de los códigos culturales, morales y políticos. La existencia singular es prueba irrefutable de la inexistencia universal de sentido, empezando por el sentido de un orden divino. Por eso se escribe, por eso se canta y por eso se llora y se ríe, por eso, justo por eso.

Escribir contra todos y contra sí mismo

Después de escribir su primer libro, acaso el único necesario, y según él mismo, su mayor logro filosófico, Cioran se prometió no escribir nada más, y sin embargo, siguió escribiendo, cada vez más y depuradamente. En una entrevista con su traductor y amigo Fernando Savater confiesa que escribir ha representado una suerte de conjuro contra la tragedia personal y las penurias existenciales, después de cada libro se siente un poco liberado:

Porque escribir, por poco que sea, me ha ayudado a pasar los años, pues las obsesiones *expresadas* quedan debilitadas y superadas a medias. Estoy seguro de que si no hubiese emborronado papel, me hubiera matado hace mucho. Escribir es un alivio extraordinario. Y publicar también. Esto les parecerá ridículo y, sin embargo, es muy

cierto. Pues un libro es vuestra vida, o una parte de ella, que se os hace *exterior*. Se desprende uno de todo lo que ama y sobre todo lo que destesta en uno mismo. Iré más lejos, si no hubiese escrito, hubiera podido convertirme en un asesino. La expresión es una liberación.¹³

Cioran arguye que todo se lo debe a su vitalidad extrema y al fatalismo de los rumanos, a quienes consideraba ser el pueblo más fatalista del mundo. Por eso enfatiza que un libro es una herida lacerante, un libro tiene que trastornar la vida del lector, hacerlo cimbrar, desesperarlo, cuestionarlo por completo, si no lo hace, no tiene caso, no sirve de nada. Su idea de escribir una obra es para despertar o azotar a alguien. Puesto que sus libros no son sino la transcripción de sus malestares y sufrimientos, es preciso que esto mismo, añade, se transmita al lector: “un libro debe conmoverlo todo, ponerlo todo en cuestión. Un libro que deja a su lector igual que antes de leerlo es un libro fallido”¹⁴. Exasperar y provocar al lector a romper con la ya pensado, dicho y hecho sin plantear ninguna alternativa tranquilizante.

Así es como una caterva de apotegmas corrosivos y lacerantes han hecho de la decepción creciente la apertura de una sabiduría única. Contra el amor, la vida, Dios, el Bien, contra todos y a favor de nada; si acaso una risa discreta y una sonrisa invisible que ha hecho de la descripción de la existencia una apología de la ignominia de seguir existiendo. Se escribe bajo el efecto de la admiración o indignación, de ahí que una carta sensata sea —según Cioran— una carta inexistente, así también un comentario sobre Cioran o bien, lo repite de forma menos elocuente, pero quizá más rimbombante, o bien lo ataca y anatemia de forma vil y hartera, el primer caso tal vez le provocaría un largo bostezo, y el segundo cierta sonrisa malévolamente cómplice que sería, en última instancia, una ligera aprobación y comprobación de una escritura y un pensamiento que asumen el error, la errancia, la desmesura y la contradicción más escandalosa como métodos de perceptiva e inventiva. Frente a la lucidez que no sería sino un martirio permanente, Sugiere una escritura y un pensamiento, todo en uno,

13 Cioran, E. M. *Conversaciones, op. cit.*, p. 17.

14 *Ibid.* p. 20.

en y desde la risa delirante que invita e incita a la complicidad y a reírse juntos, generando así, una extraña comunión de almas deshabitadas en un infierno gélido. Quizá por eso consideraba que hay en Heráclito un lado délfico de ideas fulminantes y otro, de manual escolar, por lo que concluye que “fue un inspirado y un preceptor. Es una lástima que no hiciera abstracción de la ciencia, que no siempre pensara *fuera* de ella”¹⁵.

Hay en Cioran también un ironista malévolo y un eremita aprendiz de una santidad vacua; que le gane no pocas veces cierto efectismo provocador da cuenta de que ni siquiera las conciencias más lúcidas pueden escapar al flirteo literario y social. Empero su ironía no es sino intermitente, por eso ha elegido deliberadamente el fragmento, él mismo confiesa que la filosofía, después de Nietzsche, no es posible sino como fragmento, en forma de explosión, pues el tratado ya no es posible, ahora todos -añademos fragmentistas y fragmentarios, va a tono con el estilo de época. El problema de fondo con el pensamiento estructurado, con un ensayo de más de cuarenta páginas es que no permite la contradicción o el juego de paradojas. Solamente está vivo un pensamiento y pensador que asume sus contradicciones y callejones sin salida evitando hacer trampa con falsas o maquilladas posturas coherentes. Y claro está, a sabiendas de que, de una y otra forma, todos hemos sido cogidos por la trampa de la telaraña del mundo. Hacer del fracaso un método de vida, pero hacerlo tan bien, con tanta maestría y tantra seducción, nos invita a darle a Cioran una cucharada de su propia medicina: *una cicuta literaria*; más acá del pesimismo y optimismo, más acá del mundo de la vida del capital. ¿Acaso la mera invocación de ese más acá del optimismo y pesimismo no sea sino una desmesurada búsqueda de estar más allá de Dios? Todo es posible, pues con Cioran nunca se sabe bien lo que podría suceder(nos), si acaso constatar que el reconocimiento de la banalidad del mundo nos lleva a la vanidad de todo y la venialidad de uno, pero entonces, ¿qué caso tiene el conocimiento intelectual?

En su obra, no hay respuestas pero si una ametralladora de preguntas. Su obra compleja, desmesurada, una y múltiple se cumple en el retorno maléfico a una misma escena primordial, primitiva, impositiva e impostada de hacer de lo humano principio y fin – sin prisa y si pausa como diría esa

15 *Ibid.* p. 62.

escritora maldita y maldecida mil veces por su clase social como lo fue Isack Dinisen o Karen Blixen, las cioranadas son dardos que se dirigen de una nada a otra nada: de la creación al creador, mientras tanto dejan hermosas creaturas. Maestro del arte de la interrogación funesta, Cioran ejercita el pensamiento en el atletismo de la nada exasperante, su escritura interroga acerca de la lógica del desmoronamiento más inclemente sin subterfugios intelectuales. Preguntarse de manera irónica e impasible es ya una forma de inteligencia vital. Sin pretender tampoco pasarse de listo o hacerse el listillo o sabiondo, pues estupidez e inteligencia no están reñidas, ¿cuántas obras maestras no serían su fruto máspreciado?

La escritura –según él– es una de las únicas libertades posibles sin dejar de ser una auténtica ilusión. El error, el horror, la angustia, la ilusión destrozada, la desilusión serena, el escepticismo embriagado, la lucidez vertiginosa, el paroxismo indiferente, la nostalgia por un paraíso irremediadamente perdido, la desesperación redimida, entre otras experiencias limítrofes, despliegan estrategias de escritura que asumen la decepción sublimada como antídoto contra idealización del pensamiento y de la literatura; de ahí que «Un libro sea un suicidio aplazado». Sus posiciones ante la vida son más escandalosas y polémicas que su entusiasmo juvenil político por la *Guardia de Hierro* rumana:

No era la lucha política y la grandeza lo que interesaban a Cioran, sino la inutilidad irremediable de cualquier empresa humana. La vida es de por sí *demasiado dura*; no vale la pena vivir. Si nos tomáramos en serio la condición humana, no podríamos eludir la elección del suicidio. Toda su obra, escribió Cioran, es un gran esfuerzo por mantener a distancia y aplazar esa elección¹⁶.

Cioran es un cazador empedernido, cuya cacería no es otra sino la del cerco de la existencia humana por medio de un lenguaje literario cada vez más afilado. Decir y maldecir la pesadumbre de la existencia humana hasta llegar al cansancio, la exasperación, el hartazgo; sólo la música y la santidad

16 Groot, Ger. "Prólogo. Cioran, filósofo calumniador". Herrera, Liliana y Abad, Alfredo. Cioran. Ensayos Críticos, Universidad Tecnológica de Pereira, Pereira Colombia 2008, pp. 6-7.

blanca de una ataraxia apenas entrevista logran, por algunos instantes, atisbar la hipótesis de la divinidad y el idílico paraíso tan anhelado por la humana ilusión. Cioran transita de la escritura como provocación a la escritura como misticismo de la vacuidad. Y de éste a la escritura como trazo silente en el vacío, dibujo en la arena de las playas del universo, que después de las olas, nos regresa, otra vez, a la nada.

Su escritura fue evolucionando de la amargura, la provocación a la ironía, hasta llegar al humor más sutil e imperceptible. De la escritura como blasfemia a la escritura como gesto silente: trazar una escritura vacía que expresa un sentimiento y pensamiento vacíos sin la tesitura metafísica y teológica pero sí con la vitalidad de un hombre que se ha abismado en los infiernos luciferinos y regresa la mirada de Orfeo con una sonrisa del gato de Cheshire. El humor despiadado de Cioran también toma forma y horma en un estilo casi naturalista, y que al final de su vida, se aproxima a un gesto de resignación y autocompasión de un hombre hastiado del mundo, pero embelesado de su espectáculo contradictorio. Exageraciones e hipérbolos como finas estocadas taurinas en el lomo de la sapiencia humana, nada escapa a su lucidez ácida, ni siquiera él mismo, nunca deja de reírse de sí, de burlarse y compadecerse de su propia existencia como sobrevivencia extrema al borde de un suicidio como promesa siempre postergada, en una gran parte de su vida, el arte musical le pareció un pequeño antídoto contra los sinsabores de la existencia. La música despierta la sensación de eternidad portátil; constituye un pequeño, discreto, pero efectivo bálsamo en medio de tanta fatalidad.

Más acá del pesimismo: la ruina cumplida y la pasión por lo absoluto

Desde hace muchos años comencé a leer a Cioran, debo confesar que su estilo, desde siempre, me seduce y me envuelve, pero no la ironía vital cáustica vuelta casi fórmula anti-intelectual. El primer libro que leí con fascinación y quizá un poco de exasperación fue *Historia y utopía*, si bien me ubico lejos de su ideario anti-utopista, me resulta estimulante su militancia nihilista beligerante en contra de todas las perspectivas que todavía creen en el progreso y en la Historia con mayúsculas; por lo pronto el final del siglo XX parece darle la razón respecto a la debacle del socialismo realmente existente. Y el pronóstico de Cioran parece estarse cumpliendo: “estamos

presenciando la demolición de la idea de progreso”¹⁷. Y Occidente es una profecía cumplida de muerte y de nihilismo. Asistimos a la crisis más radical del humanismo y el cumplimiento de las ruinas de la modernidad capitalista; modernidad ecocida y genocida. En realidad, para Cioran, el hombre destruye y degrada todo lo que le rodea. Empero mantengo ciertas reservas respecto a un pensamiento tan radical que sirva de cortina de humo para situarse más allá del bien y del mal del juego y rejuego de la política, también realmente existente y persistente *malgré lui*.

Detrás de esa supuesta ataraxia burlonamente indiferente e insolente contra todo y contra todos, se pueden albergar las posiciones más reaccionarias que sirven de caldo de cultivo para el pensamiento hegemónico y sus estrategias de dominación. En todo caso, ciertas *zentencias*, cicutas literarias y otras ocurrencias de ese maldito yo en las cimas de la desesperación, me persiguen una y otra vez. Ejemplo contundente de que en los grandes estilistas y moralistas franceses resulta imposible separar el contenido de su forma. El estilismo va de la mano de cierto patetismo melancólico: “Entre el horror y el éxtasis practico una tristeza activa. Durante mucho tiempo Kafka me pareció demasiado deprimente”¹⁸. Decepción y catástrofe, nada bueno se puede esperar de nada ni de nadie. La esperanza es un señuelo maldito y maldecido. La historia de la humanidad no es sino la historia de la degradación sin fin. De tiranía en tiranía, de homicidio en homicidio, de barbarie en hecatombe, se suceden los días y las noches sin cesar. Escéptico y desengañado de todo fervor revolucionario, reconoce en una carta a un amigo lejano que sirve de póstico a *Historia y utopía*, que también de joven fue presa del frenesí incendiario, y quizá también pueda entenderse como un guiño irónico a su temprana participación política reaccionaria:

Dale a los jóvenes la esperanza o la ocasión de una masacre y te seguirán a ciegas. Al final de la adolescencia se es fanático por definición; yo también lo fui, y hasta el ridículo. ¿Se acuerda de la época en que echaba pestes incendiarias menos por el gusto de

17 Cioran, E. M. *Conversaciones*. Madrid, Tusquets, 1997, p. 16.

18 *Ibid.* p. 13.

escandalizar que por necesidad de escapar a una fiebre que, sin el exutorio de la demencia verbal, me hubiera consumido? Persuadido de que los males de nuestra sociedad venían de los viejos, concebí la idea de una liquidación de todos los ciudadanos que hubiesen sobrepasado los cuarenta años, principio de la esclerosis y de la momificación, recodo a partir del cual, creía yo, todo individuo se convierte en un insulto para la nación y en un peso para la colectividad. Tan admirable me pareció el proyecto, que no dudaba en divulgarlo; los interesados apreciaron mediocrementemente el tenor de la cuestión y me calificaron de caníbal; mi carrera de benefactor público empezaba bajo malos augurios. Usted mismo, tan generoso y tan emprendedor, a fuerza de reservas y de objeciones me llevó a abandonar mi proyecto.

El cambio de postura política hacia la tolerancia y apertura de ideas ajenas estaría condicionado —según el propio Cioran— por el envejecimiento y sistemática decepción de los años vividos. Para él, uno llega a la moderación política por extenuación vital, la tolerancia surge cuando ya no hay fuerzas e ímpetus de lucha. Entre la oscilación de la búsqueda de otro mundo posible y la realización de un mundo inmundado como infierno imposible, las sociedades se balancean de un extremo al otro sin dejar de renunciar a ese juego infinito-finito de renovación, fracaso y decepción. Por ende considera que “la vida sin utopía es irrespirable” porque el mundo necesita un delirio renovado. Y es la única evidencia que se desprende del análisis del presente, no hay más. Ideales sin contenido, contenidos de partidos políticos sin continente. Su liberalismo y tolerancia desencantados son más bien expresiones de una conciencia melancólica que asume que la libertad resulta un fardo para la humanidad y que las sociedades liberales democráticas tienden a volverse regímenes de vigilancia y obscena transparencia. Encerrando al individuo en una cárcel hacinada en la muchedumbre.

Quizá por eso frente al fracaso de todas las utopías, Cioran elige pequeñas utopías místicas y estéticas como opciones de atisbar lo absoluto en el corazón del atormentado por la existencia. En muchas de sus obras, pero en particular en *De lágrimas y de santos*, Cioran muestra su amor por la música como antídoto contra el dolor de la existencia humana. Frente a la gravedad de la existencia, la ingravidez alada de la música que aligera el

humano dolor de no ser más que carne macilenta, por eso considera que hay adagios tras los que no puede uno ya pudrirse, pues la música retrotrae nuestra condición a su grado más benigno de aquiescencia, dado que solo el éxtasis sonoro le producía a Cioran una sensación de inmortalidad. La música despierta la sensación de eternidad portátil. De ahí que le guste citar a Nietzsche cuando dice que “No puedo diferenciar las lágrimas de la música”, para enseguida comentar que: “Quien no comprende esto instantáneamente, no ha vivido nunca en la intimidad de la música. Toda verdadera música procede del llanto, puesto que ha nacido de la nostalgia del paraíso”, mediante las vibraciones y pulsaciones musicales nos autodivinizamos, nos desvanecemos en Dios. Quizá sea la música la única posibilidad de alcanzar paz, reposo y quietud en y desde un edén portátil y transitorio.

Para Cioran todo lo que es musical es una cuestión de reminiscencia, es decir, nos retrotrae al paraíso angélico al cual solamente podríamos acceder mediante la santidad o la musicalidad, puesto que a los modernos nos está vedado cualquier forma del paraíso nos queda los paraísos artificiales del arte, y en particular de la música. De ahí también que la meditación musical debería ser el prototipo del pensamiento en general, no sólo porque una sonata o cualquier otra meditación musical es completa, orgánica y lleva su planteamiento hasta el agotamiento extremo, pues sólo en música hay pensamiento exhaustivo, sino también porque la música eleva nuestra miseria terrestre, aunque sea por breves instantes, a tonalidades celestes que aligeran el fardo de no ser más que un simple mortal. Cioran cree que la mística y la música son forma de irrupción de lo absoluto en la historia, ponen entre paréntesis cualquier pretensión cultural o filosófica de verdad. La música sería la germinación de la divinidad, en especial una obra como la de Bach es generadora de divinidad. La perfección musical guarda una ambigüedad esencial confirma la perfección divina y nos muestra y demuestra lo divino como ilusión desgarradora. Según Cioran teólogos y filósofos han perdido días y noches, inútilmente, buscando pruebas de la existencia divina, se olvidan de la única certeza: la música. Bálsamo contra la pesadez de la existencia, la música abre un intersticio de divinidad portátil para los seres humanos aquejados de una existencia tan imposible como ineluctable. Sólo la música es libertad en estado puro. Empero, el último Cioran toma distancia frente a toda idealización estética; arte, literatura, y en particular, la música, son ahora vistos con cierta ternura y encanto, pero

ya sin mistificaciones ni sublimaciones enaltecedoras. Quizá el arte y la literatura sean viáticos para afrontar el naufragio de la vida, a sabiendas que jamás dejarán de ser provisorios y fugaces.

Frente al paroxismo de la existencia que se mece y estremece en la desesperación que dura toda una vida, nos queda el paroxismo del orgasmo que dura, apenas, maldita sea, un breve instante, y también el arte, y en particular, la música. A diferencia de la creación divina, henchida de errores y errancias, defectos y afectos, la creación musical, y solamente ella, es capaz —según Cioran— de hacer del mundo una obra perfecta: *si alguien debe todo a Bach es sin duda Dios*. Solamente en la música la desgarradura humana es colmada y calmada. Sólo la música pertenece a un orden superior a la vida y la muerte, la gran paradoja y misterio es que emergiendo de la finitud humana la música sea una plegaria infinita hacia lo infinito. Es lo infinito tocándose sin fin y sin término. Bajo el éxtasis de la experiencia musical irredenta se anula o se disipa, o por lo menos, se pone entre paréntesis, la conciencia temporal, el amargo saber de ser mortal herido de muerte. La música nos libera, nos emancipa de la misma necesidad o necedad de querer liberarnos o desprendernos del mundo y de sus ataduras. La dualidad de sujeto y objeto, hombre y mundo queda superada, es trascendida, desde una experiencia pletórica de un sentido que también excede toda significación y orden o desorden significativo. La música retrotrae al ser humano al ombligo del universo bajo su religación simbólica sagrada. Cioran es consciente de que aquellos que aman verdaderamente la música es porque han sufrido en carne propia la herida grave de haber nacido en un mundo inmundo.

3.- Albert Caraco: Un Zaratustra para tiempos aciagos

Soberanía de la soledad y singularidad de la escritura

Albert Caraco es un escritor absolutamente singular, único e inclasificable, encerrado en sí mismo: “mi auditorio son las paredes de mi cuarto” y “sólo he tenido vida interior”, pero siempre abierto a la interpelación de la humanidad entera: “soy profeta de estos tiempos y el silencio me rodea”. Exasperante por su crítica radical a todo y a todos. Su afirmación irrestricta de “la voluntad de muerte” bien lo podría situar

en las antípodas del Zaratustra de Nietzsche, empero comparte con este un estilo oracular, evangélico y cuasi profético. Se dirige a la humanidad, y de manera particular a la humanidad venidera después de la presente catástrofe. Albert Caraco es un Zaratustra para nuestra contemporaneidad de tiempos aciagos y sombríos. Leerlo es un ejercicio extremo, y si lo hacemos con paciencia y apertura, jamás saldremos ilesos. Su estilo clásico preciosista de una prosa tan impecable como implacable hipnotiza y exaspera. Sus argumentos se suceden más bien como una poderosa cauda de revelaciones y relámpagos fulgurantes. Al igual que el último Nietzsche era consciente de la envergadura de su pensamiento único e iconoclasta. Pensamiento y escritura afilan un mismo estilo flamígero e intempestivo que dinamita todos los valores y principios de Occidente y de la modernidad, sin buscar subterfugios en un Oriente idealizado. Como se puede leer en la única página virtual dedicada a su obra *Société des lecteurs d'Albert Caraco*:

Caraco, podemos estar seguros, jamás será admitido dentro de una colección prestigiosa ni en los cenáculos de las instituciones literarias. Porque su mensaje, para quien se impregna verdaderamente, resulta inadmisibile. Es esta inadmisibilidad radical que en el fondo –según nuestro juicio– funda nuestro interés y motiva nuestra demarcación. La ebullición contenida, el volcán constreñido que fue Caraco se nos aparece ahora tanto como una fuente de radiación como un agujero negro. De la misma manera, se puede uno alimentar de él, inspirarse y regenerarse a partir de su crítica obra.¹⁹

Nacido en Constantinopla, ahora Estambul, el 8 de junio de 1919, fue hijo único de una familia sefardí acaudalada. Huyendo del fascismo, vivió en diferentes países y habló desde la infancia diversas lenguas perfectamente alemán, inglés, francés, español, entre otras. Siendo niño mostró un talento precoz para el arte y la literatura. Sin embargo, considera él que nació como escritor entre 1946 y 1948: “fue cuando abrí

19 Saenen, Frédéric. “Pourquoi lire Albert Caraco?”. *Société des lecteurs d'Albert Caraco*. Blog. 10 de Octubre de 2021.

mis ojos al mundo, hasta entonces estaba ciego”²⁰. Después de un itinerante exilio por diversos lugares del mundo, al término de la Segunda Guerra Mundial, la familia Caraco regresa a Francia y se establece en París, y es justo ahí que establece una disciplina estricta de escribir por lo menos seis horas diariamente. Aunque escribió en francés, su obra tiene y contiene referencias y citas directas en las más diversas lenguas. Aborrecía a los franceses, en particular a su comunidad intelectual, que rechazaron sus publicaciones, llegando incluso a pagar por cuenta propia varias ediciones literarias. Caraco cuestiona e impugna todo, absolutamente todo, nada escapa a su juicio hipercrítico mordaz, ni la familia, la paternidad, la humanidad, el arte y los artistas y la religión. Llegó a considerar que los creyentes de todas las religiones actuales no tienen ninguna razón ya de ser. Y paradójicamente, llegó a afirmarse como el profeta de estos tiempos sombríos, enemigo de la humanidad, y que por eso mismo, el silencio y el ostracismo le rodean y lo censuran.

Considera que si un hombre tiene derecho a odiar y despreciar al mundo humano es él, pues su vida y su obra —añade— destila odio y desprecio por cualquier vestigio o huella del hombre, de ahí que ubique su literatura entre *las obras ascéticas*. No le importa en absoluto la desaparición de los habitantes si acaso de sus obras de arte, dado que para él “las piedras son más importantes que los hombres. Entre todos los bienes, el hombre es el menospreciado, no es sino un insecto privado de alas y que huele mal, al contaminar el aire, el sol y las olas; de ahí que un gran sabio le haya llamado el cáncer ecuménico. La humanidad se extiende por el globo como una enfermedad incurable”²¹.

Empero Caraco era en su vida diaria tan elegante, delicado como cortés, siempre tuvo modales educados y altamente refinados. Vladimir Dimitrijevic, ferviente y entusiasta lector que ha divulgado su obra, tiene un grato recuerdo del verano de 1964, cuando acaba de conocerle y conversan largamente: “mandarín mesurado de gestos impasibles, eran

20 Caraco, Albert. *Ma confession*. Lausana, L'Âge d'Homme, 1975, p. 12.

21 Albert Caraco, *Ma confession*, *op. cit.*, p. 70.

también la alegría de conversar con inteligencia”²². Empero, su escritura es una daga que afiló seis horas diariamente, hasta llegar a convertirse en un samurái que hace de la fina escritura arma afilada y mortal. De ahí también que asumiera como maestros a los grandes pensadores pesimistas como Platón, cierto Kant y los moralistas. Elogia los espíritus altivos, aristocráticos y soberanos. Puede ubicar en dos pensadores antitéticos — como el Príncipe de Ligne y Joseph de Maistre — rasgos complementarios de su propio pensamiento. Sobre todo se guía por la firmeza de una prosa viva e intransigente con la estulticia. Su tenaz búsqueda de objetividad expresiva lo acercan a los clásicos antiguos. Conforme fue madurando sus ideas se va acercando más y más al gnosticismo y afirma como certidumbre absoluta que la creación del mundo es un el sueño de una inteligencia ciega o el principio un juego divino sin moralidad y sin sentido. Asume la partición gnóstica en tres eras y en tres partes y retoma de Plotino y Valentino el desprecio más radical por la sexualidad y el cuerpo. Empero, su aversión por la carne no es una postura metafísica ni teológica, es fruto directo del tacto y contacto de Madre, esa mujer que lo tiraniza, mimó y frente a la cual tiene los sentimientos más contradictorios, incluso cuando ya ha muerto Ella. Anacoreta soberano de la esterilidad física y de la mayor plenitud espiritual y del conocimiento supremo, Caraco se asume como un auténtico elegido para compartir la verdad como peste maldita, de ahí también cierta paranoia que tuviera respecto al silenciamiento respecto a su obra, pues consideraba que había una conspiración en contra de su difusión. Veía en la esterilidad para procreación una condición necesaria para la auténtica y plena creación espiritual. Quizá haya pensado secretamente su suicidio como un renacimiento en el orden del espíritu.

Al igual que Cioran y Gómez-Dávila consideraba el nacionalismo una peste y lo define como el arte de consolar a la masa mediante el engaño de presentarles el espejo de Narciso. Y en otra parte escribe que: Nuestras revoluciones son puramente verbales y cambiamos las palabras para darnos la ilusión de estar reformando las cosas, tenemos miedo de todo y de nosotros mismos, encontramos la manera de eliminar la audacia

22 Citado en Navarro, Justo, “Presentación”, Caraco, Albert. *Post Mortem*. Salamanca: Sigueme, 2006, p. 12.

yendo más allá de la audacia y ocupando la locura exagerándola”²³. Según él habría que redefinir al Hombre, repensar el mundo, rehacer el sentido de la humanidad, empero, consideraba, que ya era demasiado tarde incluso para soñar con ello. Consecuente con ello, le consolaba la idea que podría morir por mano propia en cualquier momento, al igual que Cioran, empero, a diferencia de éste, Caraco sentía una felicidad de ultra-tumba con la realización de poder dejar este mundo: “mientras el tema se acerca aumenta mi alegría, tengo prisa en dejar este mundo. Aparte del trabajo del espíritu, nada me apega a la existencia. Mi piel no me pertenece, mi sexo ante mis ojos es un extranjero”²⁴.

Tuvo una relación muy extraña con su hermosa madre Elisa Scharwz, de seducción e inclinaciones incestuosas y al mismo tiempo de crueldad, sobreprotección tiránica e ideas malignas contra las mujeres y la sexualidad que lo marcaron de por vida. Llegó a confesar que su madre le impuso el deseo de *seguir siendo el niño eterno* –un poco nos recuerda la evocación de la Madre con mayúsculas comentada por Roland Barthes. Con ciertos tintes psicoanalíticos, algunos comentaristas han subrayado la compleja figura de la madre como amante, protectora, amiga y verdugo, lo que definiría, a la postre cierta misoginia y misantropía, no hay que dudar de que tienen su dosis de razón, pero como todas las lecturas clínicas de un pensador y de una obra maestra, terminan por arrojar el agua sucia en la bañera, re(con)duciendo la exégesis de lectura a formas de sublimación más o menos sofisticadas. Como en el caso de los grandes creadores, habría que pensar la absoluta singularidad de Albert Caraco y su resistencia a toda apropiación determinista. Lo que no demerita que la única relación fundamental de Albert fuera con sus padres Caraco, no deja de reprocharle a su madre que lo haya castrado, no deja de reprocharle a su padre su tacañería, cobardía y cortedad de miras. Luego del fallecimiento de su madre anuncia: “Si una mañana mi padre no se despertara, yo lo

23 Caraco, Albert. 2006, p. 90. Citado en Villarreal Hernández, Alberto. “Albert Caraco: La muerte en letra viva”, *Armas y Letras. Revista de Literatura, arte, cultura de la Universidad Autónoma de Nuevo León*, Año. 19, No. 90, 2016, p. 60.

24 Caraco, Albert. *Ma confession, op. cit.*, p. 11.

seguiría de buen grado”²⁵. Y en efecto, así fue, el 7 de septiembre de 1971, al día siguiente de morir su padre, y al lado de éste, ingirió un puñado de barbitúricos y, se cortó la garganta; apenas tenía 52 años, algunos años más apenas, que Walter Benjamin que se suicidó a los 48 años en Portbau en el cruce entre Francia y España.

Alguna vez escribió que su vida era una página en blanco por escribir. Y al igual que para Cioran y Gómez-Dávila la escritura literaria nunca fue una finalidad o una vía para superar o conjurar la angustia, la soledad y la melancolía. La escritura de Caraco se pliega a la vida misma, escribir sería darle libre flujo, un cauce natural y riguroso, a la propia herida de la existencia.

Post Mortem: La Madre gloriosa y el niño eterno de Caraco

La madre de Caraco es Madre con mayúsculas y negritas, es el ser que le dio la vida y el sentido de ésta, sin ella nada tiene sentido. Madre que da mensajes paradójicos a un niño frágil, mimado y enfermizo, sobreprotegido. Le da cariños y caricias que bordean el incesto, lo abrumba de besos y cuidados, y lo vacuna y pone en guardia contra el amor de otras mujeres. Mujer increíblemente hermosa que al maquillarse atentamente le habla al hijo de cómo las mujeres encubren su oscuridad sombría y mortecina por más color y maquillaje que se unten. Madre, lo aleja del amor y le impone el deber de seguir siendo niño eterno siempre — sentencia el escritor. Y no obstante el amor y la veneración que le profesa van más allá de todo, más allá incluso de la muerte — añade. *Post Mortem* es ajuste de cuentas con Madre y ofrenda e interminable alabanza. Madre muerta es ahora inmortalizada. La resacralización de Madre es asumida como una tarea esencial, fundamental. Amamos a quienes han de morir y lo hacemos únicamente porque nos sabemos mortales y amenazados por la muerte — otra vez, retumba esa lucidez espectral de Caraco.

Post Mortem es una querrela y queja, lamentación poética, aforística e intelectual contra Madre y contra todos y contra todo, para acabar pronto. Van desfilando, uno a uno, todos los reproches, reclamos, rencillas,

25 Citado en Navarro, Justo, Caraco, Albert. *Postmortem*, p. 9.

revanchas e imprecaciones, empero estamos lejos del diván del terapeuta, estamos ante la lúcida pluma de uno de los más grandes escritores marginales del siglo XX, de ahí que nunca se ande por las ramas y de entrada ya arremete contra el sentido mismo de la (pro)creación humana: (Madre) “Me ha legado su temperamento y es más grave, porque sufría de alcalosis y alergias, y ahora yo las padezco incluso más que ella y mis enfermedades sin innumerables y además... y además me ha traído al mundo y yo profeso aversión al mundo”²⁶.

Caraco afirma que rara vez reflexiona sobre su propia vida, pues desde muy temprana edad ha extirpado cualquier forma de (auto)complacencia sobre sí mismo: “soy como la roca que golpean las olas, el mar es gris y el cielo negro, los nubarrones pasan y las obras permanecen. Me aferro tanto al rechazo del dolor como al de la dicha, no amo más que la indiferencia absoluta y ahora me confundo con ella, mi vida entera es aprendizaje de la muerte”²⁷, nos confiesa que desde niño había sido presa del malestar y enfermedad permanentes, por lo que no tiene mucho mérito –añade– su vocación hacia la melancolía y la muerte. Considera que el rechazo a lo trágico es propio de los esclavos, y los judíos desdichados como él, no han sido, por siglos más que esclavos cuyo optimismo delirante les permite sobrevivir y consentir bajo la abyección y degradación más inhumanas. De ahí su declaración de odio sin cuartel y sin coartada posibles:

Mi odio por este mundo es lo más estimable que hay en mí, odio al mundo como enfermo y como judío, he aquí dos títulos de lo más respetables, amo la muerte y hago bien, la mayoría de los enfermos no la aman lo suficiente y su furor por vivir los hace indignos, por su parte los judíos no la aman en absoluto y su apego a la existencia es el motivo del asco que inspiran en los otros. A estas dos razas de hombres les falta perspectiva, reserva y pudor, ni los enfermos ni los judíos tendrán estilo jamás, son pobres en el peor sentido de la

26 Caraco, *Post Mortem*, op. cit. (traducción Navarro), p. 17.

27 Caraco, Albert. *Post Mortem*. México: Sexto Piso, 2006, p. 6. [En esta parte recurro a la traducción de María Virginia Jaua de Sexto Piso.]

palabra, que cuando lo necesitan se arman de su miseria.²⁸

Resulta un poco enternecedor que “Señora Madre” haya mejorado y embellecido con la vejez, cuando el cáncer ya estaba incubándose en ella, Caraco la recuerda con una apariencia de “aire saludable” que emitía y “aquella sombra de melancolía bastante nueva le daba encanto y un cierto estilo, para mí era un gusto caminar junto a una persona que fijaba las miradas sin deseo de por medio”²⁹. Podríamos especular muchas hipótesis clínicas respecto a la relación con su madre, en todo caso cabe destacar, la importancia que tuvo para Caraco, para su vida y obra. Las descripciones de la belleza mortecina de la madre que agoniza, hacen resaltar: el último destello de luz que presagia la soberanía de la muerte.

Al igual que cierto Nietzsche, Caraco destaca la superioridad de la intuición femenina respecta a los hombres, no obstante, rápidamente, nos aclara, que por su parte, él se siente lejos de los hombres y de las mujeres y que “su unión le parece harto ridícula y prefiere la soledad al matrimonio, y la nada a la paternidad, las mujeres cuelgan de nosotros más de lo que nos sosiegan, a pesar de la ilusión contraria, pero para deshacer su hechizo hay que someterse a la continencia”³⁰. Enseguida se pregunta: ¿Qué cosa más atroz que nuestro ideal de fecundidad? Y se responde: “Degradamos a la mujer al nivel de instrumento impersonal y la forzamos a producir a aquellos a los que se inmola”³¹. Y sin embargo, no deja de subrayar la enorme riqueza y complejidad del universo femenino: “el lado oscuro de la mujer es más terrible que el nuestro, en Occidente fingimos que ignoramos sus tinieblas, la Edad Media hablaba de Melusina quien representa el retrato femenino más admirable, al respecto Occidente nunca llegó tan lejos”³². *Toda mujer dispone de innumerables recursos de toda índole que los hombres ni siquiera sospechan*: le confesaba la Madre. En extremo controvertida y polémica resulta su consideración sobre

28 *Ibid.*, p. 8.

29 *Ibid.*, p. 11.

30 *Ibid.*, p. 14.

31 *Ibid.*, p. 16.

32 *Ibid.*, p. 32.

la relación entre el hombre y la mujer, quizá pueda decirse que haya sido válida para su caso, y eso no deja de despertar serias sospechas:

El hombre puede vivir sin la mujer, la mujer no, la mujer cuelga del hombre y el hombre se imagina erróneamente que la persigue, cuando es ella quien lo llama. Los conventos de hombres valen infinitamente más que los conventos de mujeres, los hombres no necesitan del amor, la carne no los atormenta con la misma fuerza, el hombre no sufre de ser hombre, sino por falta, de dinero o de poder, la mujer sufre de ser mujer y también de no ser amada. Las bellas apariencias, las risas, los juegos, las bagatelas y las gracias, espuma del mar profundo y bajo la espuma un mundo negro en el que ya no nos pertenecemos, sino que pertenecemos a la especie.³³

No deja de percibirse cierta misoginia en las afirmaciones caracianas de que el hombre se hizo *en contra de la mujer para resistirle* o, de lo contrario, *el mundo no hubiera cambiado desde su orígenes*. Lo más increíble es que Señora Madre fue quien alimentara dicha misoginia. En todo momento, en toda obra, Caraco va a repetir lo mismo: *¡Dichosos los castos! Dichosos los estériles! ¡Señor!, ¡libranos de parecernos a las larvas!* Para Caraco enaltecer la vida no es sino un error semejante al mismo error y crimen de haber ya nacido. No hay mayor abyección que conformarse con la vida misma. Por lo mismo asiente que lo mejor es no amar a nadie y para ello sería preciso empezar consigo mismo, pues el que “hace profesión de odiarse a sí mismo rompe con los apegos sensibles”³⁴. Empero, más allá del odio a las mujeres y su vulgar coquetería, estaría el odio a la estupidez humana, a las religiones humanas que son proyección antropomórfica: “la idea de salvación me parece un delirio, ser salvado es una violación metafísica”³⁵.

Post Mortem es un libro que es un conjuro y un salmo para evocar y consagrar la imagen de la Señora Madre, como gustaba llamarla Caraco. Y el mismo tiempo es un acto de expiación, de liberación de las mujeres y de

33 *Ibid.*, p. 33.

34 *Ibid.*, p. 29.

35 *Ibid.*, p. 51.

la Mujer que encarnaba su madre real que ahora vive como símbolo eterno, poco antes de las últimas páginas escribe: "Señora Madre me salvó de la fatalidad que hace del espíritu un esclavo por voluntad propia, es ahora cuando seré la persona en que no podía convertirme bajo su dominio, y el eterno niño que parecía mientras ella vivía muere del todo junto con ella"³⁶. La incineración de la madre simboliza para el escritor cierta forma de liberación del universo femenino, y más allá de eso, del mundo humano en su conjunto. La muerte es el fin absoluto de todo, la vida eterna es aquella que vivimos en este mundo, lo único que debemos aprender está en este mundo y nada nos queda después porque no hay después, de ahí que el autor considere que "la nada es el precio del amor y el amor es la corona de la nada, el amor y la nada se corresponden"³⁷. *Post Mortem* es una de las obras más desgarradoras, íntimas, corrosivas e inquietantes que se hayan escrito jamás.

Tinieblas que retornan al pozo de sombras que nos acoge

A los lectores de libros de auto-ayuda, y a las personas con cierta propensión a la melancolía y suicidio, advertimos que la lectura de los fulgurantes textos de Albert Caraco puede ser funestos, así que por favor absténganse. Una vez más he releído algunas de las *zentencias*, cicutas literarias y otras ocurrencias del *Breviario del caos* de Albert Caraco, una vez más, apenas pude leer unas cuantas páginas con la respiración en vilo, y es que se trata de esos libros, como dijera, otra vez, Roland Barthes en *El placer del texto*, cuya lectura va mucho más allá del placer y nos arroja al goce extraño de lo patético: *el pathos de la extrañeza absoluta*. Es una lectura que corta la respiración e irrita el sano juicio de pensamiento. Caraco radicaliza el nihilismo de una modernidad en ruinas, sin salida y sin alternativas posibles, donde la única certidumbre inexorable es nuestra marcha hacia la muerte como una flecha que jamás falla en el blanco, aunque aquí más bien el blanco es bastante negro, diríamos opaco, fangoso e inextinguible: "la muerte es nuestra única certeza y siempre sabemos

36 *Ibid.*, p. 80.

37 *Ibid.*, p. 109.

que vamos a morir, no importa cuándo y no importa dónde, no importa la manera. Pues la vida eterna es un sinsentido, la eternidad no es la vida, la muerte es el reposo al que aspiramos, vida y muerte están ligadas, aquellos que demandan otra cosa piden lo imposible y no obtendrán más que humo como recompensa”³⁸. Un comentarista señala que hay fuertes influencias en su obra de Nietzsche, Baudelaire, Camus, Cioran, creo que es parcialmente cierto, pues en todo momento, Caraco no deja de establecer una recepción muy autocrítica de todo lo leído; asimismo sus referencias a los antiguos gnósticos y escépticos está presente en su mirada hiper-lúcida. Su negación radical del hombre y del mundo no deja ninguna alternativa posible para nada ni para nadie.

Según el autor la vida nos es impuesta: no elegimos nacer y en el fondo nos sentimos afortunados de no sobrevivir en ninguna parte a esta vida, vida que más que un regalo bendito es una ofrenda envenenada, vida llena de sinsabores, dolores y cuyas alegrías siempre son problemáticas y erráticas. Quizá por eso hombres y mujeres en la sociedad contemporánea han aumentado el consumo de fármacos, drogas legales e ilegales, así como han aumentado las adicciones y las vacaciones, porque de alguna manera buscan abatir y combatir la pesadumbre y la zozobra radicales de la existencia, quizá hoy lo más verdaderamente transgresor sea no enmascarar la absoluta insignificancia de una condición humana al borde de la catástrofe. Los vendedores de espejitos que ahora son bálsamos para el malestar de la cultura posmoderna saben que el mayor anhelo humano es no terminar siendo cenizas ni tampoco humo. Tecnociencias, sociedad del espectáculo y culturas psi o *new age* son diversas estrategias con un mismo fin de darle un poco de sentido la miserable condición de un ser sinsentido ni finalidad. Mientras que el presidente de México considera que la felicidad debe ser un mandato nacional, para Caraco la felicidad es un caso particular y aislado de una condición humana trágica, finita, desdichada y condenada a vagar entre el error y la errancia sin fin posible.

La lucidez de Caraco para enfrentar y afrontar la desnudez sórdida de la existencia nos da una luminosa antorcha para abrir un claro en medio de la estupidez reinante, misma que a estas alturas, parece ser la única

38 Caraco, Albert. *Breviario del caos*. Madrid: Sexto-Piso, 2006, p. 9.

forma democrática verdaderamente compartida. *Breviario del caos* no es un libro para leerse en la quietud del sofá del jardín o en un hotel spa, sino que provee un arma afilada contra la desfachatez e imbecilidad crecientes, lo cual en estos tiempos que corren, no es poca cosa. *Breviario del caos* es una tipología de los tipos y prototipos de imbecilidad humana vuelta paradigmas de pensamiento y comportamiento. Y su lectura un instructivo de uso para todo abuso de una razón moderna extraviada en su creciente delirio. Las palabras lapidarias de Caraco contrastan con su estilo elegante y afilado. Nos recuerdan esas espadas orientales que cortan de tajo sin dejar huella de su cruenta laceración.

Caraco radicaliza el diagnóstico del estado de penuria extrema. No hay ninguna alternativa, ninguna salida, todo es inútil, nada se puede hacer ya. Ya es demasiado tarde. Y cualquier hombre digno del presente siglo ya no puede creer en nada ni seguir a nadie: escepticismo y nihilismo absolutos, ni siquiera el recurso de la ironía o catarsis cioranesca nos queda. Todo está acabado, en ruinas, la devastación de un mundo inmundo es inminente e inmanente. La tierra no es sino holocausto de degradación y de barbarie. Desde hace varios siglos no se hace otra cosa sino verificar la caída del ser humano en lo inhumano. La lucidez categórica del pensador resulta funesta contra toda búsqueda de soluciones o intentos de reconstrucción. Muerte y sinsentido, suicido colectivo de la humanidad, estupidez e ignorancia masificadas por todo el planeta es todo lo que hay. El orden necropolítico se enseñoorea como único amo y señor de la devastación infinita. Religiones, mitologías antiguas y modernas, incluyendo las tecnociencias y sus utopías post y transhumanistas no son sino maquillajes de un cadáver putrefacto, empero, el hedor no deja de ocultarse, y cada vez, se vuelve más y más, insoportable. Más allá de la barbarie e irracionalidad del capitalismo, estaría la degradación humana en su inmoliación inútil. Las crisis recurrentes y sistemáticas del actual sistema no son sino, apenas, la punta de iceberg de la mierda humana incurable e incorregible. Y la idea de “salvación” no es más que una idea falsa, un fetiche que entretienebobos. Sensibilidad y entendimiento humanos se precipitan en un estado de barbarie y corrupción extremas.

Desde el pensamiento crítico o desde el optimismo ilustrado, variaciones uno del otro, no hacemos sino paliar una situación insoportable, en el mejor de los casos contribuimos a la perpetuación del orden en su lenta agonía. Así como todos los caminos conducían, en la época del imperio, a Roma,

así ahora todos los caminos humanos se precipitan en la destrucción, ora lenta, ora rápidamente, pero ineluctablemente la entropía del virus de la aniquilación esparce su pandemia de muerte. Las ciudades son escuelas del crimen, las sociedades son su caldo de cultivo. Y todos participamos, de una u otra forma de su consenso, y las voces del disenso sirven para aceitar la maquinaria de muerte. La felicidad: espejismo vacuo que espejea ilusas ilusiones tanto más anheladas más cruentas. La realización humana: otro espejismo que sostiene la decadencia y nos hace más llevadera la vida en su ignominia absoluta. El sexo, el orgasmo fugitivo, un caramelo envenenado cuya dulzura es tan lejana como evanescente. Toda recompensa es humo. *Homo humus*: polvo que regresa al polvo de la nada. Sin iluminación, sin redención posible. Vivimos y morimos sin pena ni gloria, los pequeños éxitos vistos de la óptica de la totalidad objetiva del universo son naderías irrisorias e irritantes:

Los hombres formarán tres razas: los sonámbulos, que son legión; los razonables y sensibles, que viven sobre dos pianos y que, sabiendo lo que les falta, se esfuerzan en buscar lo que no encuentran; los religiosos nacidos dos veces, quienes caminan hacia la muerte con igual paso para morir solos y para morir por completo, cuando por ventura no escogen el momento, el sitio y la manera, con el fin de marcar su desprecio por las contingencias. Los sonámbulos son los idólatras; los razonables y sensibles, los creyentes; los religiosos nacidos dos veces adoran mentalmente aquello que los primeros no imaginan y que los segundos no conciben, pues ellos son plenamente hombres y como tales, no irán a buscar aquello que han encontrado, ni lo adoran, puesto que lo son ellos mismos.³⁹

Nos encontramos —según él— en lo que los gnósticos denominan “la prisión de la especie humana”. La Fatalidad regresa a la Historia, y ésta se retrotrae a su implosión agónica. Desnudos y vacíos por dentro y fuera, nos apilamos en la pira funeraria de autoinmolación sin sentido. Nos precipitamos hacia la catástrofe planetaria, no hay ya salida posible.

39 *Ibid.*, p. 8.

Autómatas espermáticos cuya inteligencia no supera el absoluto el orden de la vida animal ni vegetal, empero se pavonea como divino Narciso en su vanidad irrisoria. De ahí que el panfleto incendiario de Caraco se eleve como un canto de muerte sobre “eso que va a perecer”: ¡Y qué bien que así sea! Se considera a sí mismo un profeta de la fatalidad objetiva, por eso es que su verdad dura y pura tiene que ser escuchada aunque los oídos puritanos revienten. En algunos momentos su lenguaje profético está cargado de las más despiadadas y graves invectivas contra el hombre, en otros, los menos, tiene la ironía caustica del sarcasmo y la burla jovial: “Yo elevo un canto de muerte y saludo al caos ascendiente del abismo y al terror antiguo vuelto del fondo de los tiempos!”⁴⁰. Ningún pensador pesimista o trágico ha sido tan categórico y proclamado palabras tan duras: *la vida humana ha dejado de ser sagrada desde el momento en que es reproducción infinita de la mierda e inmundicia*: “Hombres en demasía que no tienen más valor, y no aportan más, que los insectos”⁴¹. En las antípodas de Lévinas que aduce que la paternidad es la auténtica forma de trascendencia humana, Caraco la considera un crimen, más si se es pobre e idiota, resulta un crimen por partida doble. Traer hijos al mundo no solo es contribuir a la degradación del mundo sino a la masificación de una humanidad que ha perdido cualquier brújula. El estado actual del mundo carece de todo porvenir promisorio. Por lo que el Infierno, lejos de ser la nada, es la presencia más real y palpable.

Sabidurías y filosofías muestran su inanidad e inutilidad. Nada que hacer y nada que decir. La catástrofe resulta tan necesaria como deseable, providencial. Solamente Apocalipsis universal podría renovar el mundo inmundo. Los hombres infectan el planeta, derraman su especie multiplicada como una lepra, como una plaga. Tal parecería que para el autor el universo humano metafísico entraña el Mal radical. El pensamiento contemporáneo —según observa— se empequeñece brutalmente, medianía y mediocridad se venden como estilo impersonal de época. Se imponen estrategias de mercadeo como canon literario e intelectual. Los autores se vuelven bufones de sí mismos y de los demás. La fama infame

40 *Ibid.*, p. 55.

41 *Ibid.*, p. 80.

se mediatiza, al tiempo que se trivializa. De la alta costura a la literatura, pasando por el arte y la cultura, la vulgaridad y lo Kitsch se convierten de criterios de moda. Las consecuencias de esto conllevan que se imponga “un estupor universal y si se escuchara la lección de la Historia, se sabría que del estupor a la estupidez el camino es uno de los más resbaladizos”⁴². Caraco es contundente: “Es necesario redefinir al hombre y repensar el mundo, pero ya es demasiado tarde, aunque fuera más que para soñar con ello”⁴³. Si bien, no todo estaría por completo perdido, pues habría una pequeña rendija por donde se puede atisbar más allá del aciago horizonte un chance en el nihilismo reinante, dado que “nos es necesaria una nueva Revelación para un nuevo Paganismo, un nuevo Paganismo salvará al mundo”⁴⁴. Hay extrañas resonancias entre el paganismo propugnado por Caraco y el panteísmo vitalista de un Fernando Pessoa bajo los heterónimos de Ricardo Reis y Alberto Caeiro.

Empero no hay que hacerse muchas ilusiones, más bien, diría Caraco, ninguna ilusión humana deja de ser funesta y nefasta, pues en nada ha cambiado el ser humano desde que es tal, más allá del barniz de cultura y disfraz de urbanidad y buenos modales, el corazón humano permanece idéntico, igual que el mar profundo y tenebroso, quizá su superficie sea maquillada para reflejar alguna luz de esperanza, por cierto toda esperanza es falsa ilusión, porque en cuanto descendemos a sus abismos insondables, encontramos lo que fue y lo que será: un auténtico laberinto de absurdos, contradicciones y perplejidades. Y la filosofía no es sino una coartada para encubrir lo inocultable: la impotencia absoluta de nuestra humana condición por trascender sus taras.

42 *Ibid.*, p. 65.

43 *Ibid.*, p. 98.

44 *Ibid.*, p. 106.

4.- Nicolás Gómez-Dávila: testigo y testamento de la catástrofe

De cómo conocí la obra de Gómez-Dávila

Mi estimado amigo Jorge Arturo Sánchez, me dijo hace muchos años que leyera a Gómez Dávila, aún éramos jóvenes escritores y becarios de la primera generación de la Fundación para las Letras Mexicanas, como muchas de las indicaciones, sugerencias y advertencias de mi amigo, hice caso omiso, hasta que un día me encontré en una feria de libro un viejo ejemplar, maltratado y con pastas deshojadas, de los *Escolios*, lo leí casi por completo de pie, cuando lo quise comprar no pude porque solamente aceptaban efectivo, así que al día siguiente que regresé ya no estaba dicho ejemplar, luego, recientemente, lo volví a ver en las novedades de una librería, y no lo pensé dos veces, lo adquirí sin más, y como las obras que considero valiosas, lo leí lenta y pacientemente, así como no queriendo la cosa, en pequeños ratos de ocio, como los que puedo imaginar que llevaron a su autor a escribir una colección ingente de más de diez mil aforismos durante toda una vida dedicada solamente de manera ancilar a los extraños placeres de comentar las obras amadas por el autor.⁴⁵

Nicolás Gómez-Dávila escritor colombiano marginal, aristócrata, escritor secreto, reaccionario, elitista, enemigo de todas las formas habidas y por haber de impostura, en realidad tuvo una vida apasible en la ajetreada ciudad de Bogotá. Comerciante afable que gustaba de encerrarse en su biblioteca descomunal donde atesoraba joyas literarias en inglés, francés, italiano, alemán, griego y latín, y por supuesto, también en español. Si vida discreta apenas alcanzó al final cierto reconocimiento por un círculo de intelectuales amigos muy próximo y por la ingente tarea de divulgación de su vida, obra y pensamiento por Franco Volpi, quien se volviera un apologeta obsesionado con la promoción de su obra singular. Quizá la modestia y discreción sean valores cardinales que haya que cultivar en medio del marasmo mediático reinante.

Su método de escritura fue simple, dedicaba bastantes horas a la paciente lectura de sus queridísimas obras en su biblioteca que era como

45 Cfr. Gómez-Dávila, Nicolás. *Breviario de escolios*. Girona: Atalanta, 2018.

un santuario en medio de la trifulca citadina, y con fina y pulcra letra hacía anotaciones, comentarios y glosas libres, pero con un sentido demoledor por medio de una esmerada escritura concentrada en aforismos y sentencias esenciales abrió fuego contra todo y contra todos, empezando, claro está, contra la estulticia propia, de ahí su consideración de que cuando se carece de grandeza, el único sucedáneo que puede uno atesorar es el de la lucidez inquisitiva cuyo precio altísimo exige atentar contra el sano sentido común que no deja de ser sino una patología nociva naturalizada, por eso el autor consideraba que la única forma de lucidez que no tiene compromiso espurios es la lucidez reaccionaria, decadente y nihilista que está más allá del bien y del mal, pero también más acá de la crisis generalizada del mundo contemporáneo. El fango del mundo moderno no permite amasar ninguna vasija que sirva para algún fin; ¿acaso no fue “el buen fin” de semana pasado un triste espectáculo decadente de orgía consumista consumida? La reconversión del mundo en mercancía nos precipita en la más atroz miseria, incluso ahí, quizá más ahí, donde se disfraza de fasto y nefasto esplendor. Solamente nos quedan huellas, restos, fragmentos de una inteligencia hecha añicos y en cuyas esquirlas obtenemos un poco de motivos para seguir soportando la adversidad creciente del día a día. Apasionado de los clásicos antiguos, alejado de los reflectores de la moda, descreo de la literatura contemporánea que considera que es el peor enemigo de la cultura; la gente ahora –añade, y eso antes de la era digital– leyendo superficialmente miles de libros mediocres que “embotan su sentido crítico y lesionan su sensibilidad literaria”⁴⁶; mediocridad y estupidez redundan, hasta el hartazgo, en su repetición cansina y nauseabunda.

En este contexto, escribir y publicar no sería sino compartir esa risa silente impasible y apasible que bordea los misterios de la nada, pero que ante, ya no tanto, enigma profundo, prefiere la levedad de la fina ironía que nos recuerda que ser mortal casi es una broma que nos cuesta la vida, y por ello, quizá valga la pena compartir las cuitas con los otros, porque se sabe que las penas con pan, y el pan siempre es compartir, son menos, o al menos más llevaderas. Por tanto el maestro colombiano coincide con

⁴⁶ Gómez-Dávila, Nicolás. *Escolios a un texto implícito*. Bogotá: Villegas Editores, 2002, p. 45.

el maestro rumano de Cioran en cuanto considera que la filosofía que se divorcia de las letras termina por acartonarse y empobrecerse, y nos vuelve torpes y carentes de fineza. Ante la pobreza material y espiritual del mundo inmundo aún nos queda la posibilidad de tomar cierta distancia glacial.

Gómez-Dávila se asume, a diferencia de Cioran y Caraco, como lector y comentarista de las tradiciones culturales e intelectuales de la humanidad en su conjunto, no pretende ser, ni más ni menos, que un humilde y modesto lector, diría él: *un escoliasta*, que al estilo de los amanuenses antiguos, apostilla en los márgenes del texto, algún pequeño comentario o glosa personal que no tiene otra intención que no sea fijar un punto de vista en y desde el presente. Mientras que Cioran y Caraco ejercen la maestría de un estilo singular, personalísimo y único, Gómez-Dávila se ejercita en la sobriedad mesurada como los monjes medievales que sin pretender otra cosa que no fuese glosar y desglosar notas y comentarios al pie de página de los textos canónicos de los grandes maestros, crearon obras maestras sutiles y delicadas a partir de auténticos ejercicios de re-escritura. Su quehacer de apropiación lectora subversiva y marginal resulta fundamental en tiempos de devastación del sentido. Al igual que el rumano Cioran, se ha propuesto pensar y escribir en y desde la periferia de las grandes metrópolis culturales de Europa, pero a diferencia de éste, no se sitúa en el corazón de grandes ciudades como París ni en las lenguas hegemónicas como el francés, inglés o alemán, sino que escribe y piensa desde el arrabal latinoamericano en un español castizo híbrido. En todo momento es consciente de nuestra condición periférica y subalterna, subsidiaria de las grandes metrópolis: “El intelectual sudamericano importa, para alimentarse, los desechos del mercado europeo”⁴⁷.

Al igual que Borges, Gómez-Dávila se ubica en los márgenes de Occidente, asumiendo igual, una vida discreta, sencilla, callada, entre pocos pero doctos libros. Haciendo también del escepticismo vital una tenue filosofía de vida que no alcanza a enunciar ni anunciar ningún precepto o concepto, se aquilata en diamantes literarios concentrados, sin poder refutar o afirmar nada de forma definitiva, puesto que al que discrepa de manera radical y auténtica, solamente le queda proferir sentencias

47 *Ibid.*, p. 32.

abruptas que provoquen y convoquen el pensamiento crítico del lector. De ahí la consideración de que sus textos breves no sean sino gestos discretos que se disipan apenas sean esbozados, a saber, conclusiones lacónicas que están lejos de la mera ocurrencia o puntada. Su pensamiento, que se asume reaccionario, está lejos de ser conservador, puesto que asiente con desencanto melancólico que nada hay ya que conservar, únicamente nos queda la discreta posibilidad de recuperar ciertas joyas de la creación bajo el cumplimiento de la catástrofe definitiva: *nadie cree ser lo poco que en realidad es*. Con autoescarnio confiesa que hoy ser reaccionario no es sino ser un pasajero que naufraga con dignidad: la conciencia de nuestra radical impotencia e insignificancia nos salva de la angustia del tedio. Por eso es mejor no ser nadie, ni ser ni tener nada cuando todo mundo busca capitalizar el éxito y el reconocimiento. Para él, su obra que es unpuñado soluciones auténticas no tiene coherencia de sistema sino de sinfonía abierta, no constituye un tratado cerrado sino una antología miscelánea de tesisuras, toques cromáticos puntillistas y matices polifónicos.

Su pensamiento reaccionario melancólico se erige como un método de sabotaje espiritual contra el mundo moderno e invita a pensar contra las ideas modernas dominantes con la esperanza de que cualquier idea moderna que sea derribada nos ponga en camino hacia la verdad en tanto podemos asumir que no somos más que criaturas finitas miserables e insignificantes. Mientras que Cioran estaría más ligado a cierto gnosticismo, Gómez-Dávila al Cristianismo de los primeros Padres de la Iglesia. Considera que Gnosticismo y Cristianismo tienen un mismo punto de partida en direcciones divergentes, de la misma concepción humana el cristiano infiere criatura, el gnóstico divinidad. La divinización del hombre culminaría en la modernidad antropocéntrica. El pensamiento reaccionario que ha curtido su escepticismo con una sonrisa aquiescente considera la dimensión estética de la escritura como el único método de exégesis hermenéutica capaz propiciar una literatura pensante: escribir como hundirse sin reservas, abandonarse deliberadamente en los meandros paradójales y laberintos de contradicciones de un tema vital cualquiera, exhortando la lentitud y la calma, morando y demorando en cada idea, aún más, en cada matiz o coloración específica de una idea, afianzar la contemplación perezosa sin porqué ni para qué. Recomienda acercar la escritura meditativa que prosigue escarceos metafísicos a Peguy y Proust en lugar de Kant o Hegel. De ahí también que con una coherencia

vital absoluta entre vida y pensamiento, Gómez-Dávila se hay asumido como un escolista antiguo extemporáneo, es decir, como un comentarista que apostilla en los márgenes de las grandes tradiciones de pensamiento y de creación pequeñas glosas y desgloses de un hombre intempestivo enamorado de la belleza y de la verdad. Privilegiar el escolio, la apostilla y el comentario al margen de un texto implícito que no es sino vindicar y reivindicar el palimpsesto de lo mejor de las tradiciones de la humanidad, lo cual implica una actitud de franca humildad, modestia y reserva, en suma, implica toda una forma de vida y de pensamiento que Franco Volpi —su más firme apolegeta— resumió en las proverbiales palabras del “*Ethos de la humildad*”⁴⁸, es decir, una actitud que es capaz tanto de sortear la crisis de la modernidad como sus falsas salidas posmodernistas y apocalípticas.

El arte de leer los clásicos despacio y la preservación de la belleza del misterio

Según cuentan quienes los conocieron de cerca, Don Colacho, como le decían sus contertulios, era un hombre afable y gran conversador que amaba, sobre todas las cosas, leer, meditar y escribir en su selecta biblioteca personal: “Nicolás Gómez Dávila enfoca la totalidad de los recursos materiales a su disposición hacia la construcción de un edificio intelectual con base en la paciencia, el trabajo y el talento. Construcción que le da sentido a su existencia más allá del simple *gozar la vida*. Es lo opuesto a la idea de una vida aburguesada en función del dinero el éxito”⁴⁹. Como las flores exquisitas del desierto, su obra va creciendo en un microcosmos cultural que atesora los clásicos universales. Maestro del aforismo y de la sentencia breve que huye del estilismo afrancesado del fragmento aforístico condensado y se contenta con el arte del comentario apostillado, al respecto ha escrito: “El lector no encontrará aforismos en estas páginas. Mis breves

48 Volpi, Franco. *Nicolás Gómez-Dávila. El solitario de Dios*. Bogotá: Villegas, 2005, pp. 26-27.

49 Cfr. Laserna Pinzón, Mario. “Nicolás Gómez-Dávila: el hombre. Prólogo”, Gómez-Dávila, Nicolás. *Escolios a un texto implícito*. Bogotá: Villegas Editores, 2002, p. 5.

frases son los toques cromáticos de una composición *pointilliste*⁵⁰. Cultivar el arte del comentario conlleva una ética de la escritura como cuidado de sí mismo sin detrimento del otro. El arte de leer sería para el pensador colombiano un arte de preservar la lentitud, la paciencia y el amor por los detalles.

Pese a todos los pesares, cree en el amor, la fe, la verdad y la libertad, en suma, cree en la posibilidad de retrotraer el sentido de lo humano a su esencia pura. Al menos no desdeña la posibilidad de su búsqueda. Mientras que para Cioran y Caraco, la humanidad es —como dirían los gnósticos— un error del errar divino; para el colombiano el hombre es un ser complejo atravesado por el Bien y el Mal, la gracia y la desgracia. El nihilismo y la decadencia son fases necesarias de la actual condición humana, pero no son determinaciones absolutas ni definitivas. Busca recuperar otro humanismo descentrado, marginal, subalterno, periférico; un humanismo de los otros hombres y de las otras mujeres, de los muy otros, que se alimente del espíritu latino sensualista y de una sabiduría vital que disfrute los placeres simples de la vida. Asume que la sabiduría consiste en resignarse a lo único posible sin proclamarlo como necesario o absoluto. Su pensamiento está en las antípodas de los absolutos del optimismo y del fatalismo. Al igual que Cioran y Caraco es consciente de la devastación del ser humano en la modernidad crepuscular, empero, toma distancia de toda perspectiva apocalíptica radical. Vive y piensa discretamente entregado a la búsqueda de una vida simple capaz de gozar y glosar el sabor y el saber del instante tan placentero como fugaz: “Sólo una cosa no es vana: la perfección sensual del instante. Lo sensual es la presencia del valor en lo sensible”⁵¹. La sensualidad rescata al mundo de su insignificancia. La hermosura de las pequeñas cosas toca y trastoca nuestra cotidianeidad. Disfruta el goce de la belleza que nos colma y calma nuestra hambre insaciable de lo infinito, a sabiendas de que todo reposo, gozo y paz es momentáneo.

La sensualidad, la belleza, el asombro, entre otros panes terrenales, son discretos y evanescentes regalos de los efímeros, fuera de eso no hay más,

50 Gómez-Dávila, Nicolás. *op. cit.*, p. 10.

51 *Ibid.*, pp. 15 y 22.

pero tampoco menos, aprender a disfrutar lo que la vida humana nos da en su carácter fragmentario, ilusorio, errático, errante, variable, es lo único que quizá tengamos, no disponemos de más. Más allá de la cortesía, la cual no es en absoluto desdeñable, habría para Gómez-Dávila una suerte de humildad piadosa: la piedad de la humildad ante la vida misma y sus frutos: “Aun cuando la humildad no nos salvara del Infierno en todo caso nos salva del ridículo”⁵². La cortesía como gentileza ante sí y ante los demás conlleva valorar y apreciar todo lo existente, incluso lo que podría ser insignificante, pues asume que pensar que sólo importan las cosas importantes, más allá del elitismo autoritario, puede ser amago de barbarie. Considera que sobre nuestras mortales vidas influyen mucho más que las grandes verdades fundamentales, las verdades pequeñas, las iluminaciones minúsculas. Y dicha consideración no surge de cavilaciones intelectuales sino de su ser y estar en el mundo a partir de su mundo circundante, de la exuberancia sudamericana que más allá de su pletórica riqueza es desorden vitalista en estado puro.

De ahí también su amor al amor, a la persona amada que no quisiera uno acariciar sino ser la caricia misma, la ofrenda amorosa del instante como instinto de plenitud: “Amor es el acto que transforma a su objeto de cosa en persona”⁵³. El amor quizá sea para el pensador colombiano el fin último de la existencia y coexistencia humana, el reposo auténtico de la errancia interminable, pues “la interrogación sólo enmudece ante el amor. “¿Para qué amar?”, es la única pregunta imposible. El amor no es misterio sino lugar donde el misterio se disuelve. Amar es comprender la razón que tuvo Dios para crear a lo que amamos”⁵⁴. Más allá de la belleza y del placer carnal, amar la desnudez extrema. No huir del amor, no huir del infortunio, aunque ello conlleve, precipitarse en el abismo y la desolación de la catástrofe: “Repudiemos la recomendación abominable de renunciar a la amistad y al amor para desterrar el infortunio. Mezclemos, al contrario, nuestras almas como trenzamos nuestros cuerpos. Que el ser amado sea

52 *Ibid.*, p. 20.

53 *Ibid.*, p. 30.

54 *Ibid.*, pp. 33 y 35.

la tierra de nuestras raíces destrozada”⁵⁵. Se ama la singularidad inefable del individuo y se le ama sin porqué ni para qué: don y gratuidad pura. Con trémula voz del amante, el pensador nos dice, casi en susurro, que: “Amar es rondar sin descanso en torno de la impenetrabilidad de un ser”⁵⁶. Remedio, transitorio, contra el tedio: la sonrisa del ser que amamos. Y no obstante, todo esfuerzo por trascender la aplastante y omnipresente potestad del tedio resulta vano, nada trasciende ni disuelve su sombra humana ineluctable: “Huir no protege contra el tedio. Hay que domesticar, para salvarnos, esa bestia fofa y lerda. En el tedio asumido las más nobles cosas germinan”⁵⁷.

Y el amor es la humana raíz de nuestra habitación terrestre. Amamos porque somos mortales y finitos y aspiramos a trascender en el encuentro en y desde la divinidad. El hombre moderno ha matado para entronizar el fantasma de la razón universal. La religión, la mitología, el arte, la literatura son vehículos de trascendencia simbólica de nuestra condición humana: “La poesía es la huella dactilar de Dios en la arcilla humana”⁵⁸. El arte atisba las huellas de lo sagrado en el hombre. El arte auténtico es un don divino, un regalo infinito que nos excede por completo; por eso es que Gómez-Dávila descrea del genio creador moderno, quien busca, inútilmente, suplantar y superar a Dios.

Gómez-Dávila sería el prototipo del intelectual latinoamericano marginal –según juicio de Borges y de Saer– que ha bebido y embebido todos los saberes y sabores de las diversas tradiciones intelectuales y culturales europeas y es consciente de su condición subsidiaria que se niega a repetir modas y modos imperantes. Quizá por eso su diagnóstico tan profundo y tan acertado como el de Cioran o de Caraco, más allá de su aguda lectura coincidente, difiere en que descrea de las oposiciones maniqueístas de grandeza y decadencia culturales de Occidente, al ubicarse en el arrabal del desarrollo civilizatorio. Intentar ser un pensador latinoamericano es ubicarse al margen de la Filosofía y las Letras Universales. Es ser un paria, un excluido del Banquete de la Cultura, que se ha alimentado con mendrugos,

55 *Ibid.*, p. 35.

56 *Ibid.*, p. 41.

57 *Ibid.*, p.50.

58 *Ibid.*, p. 74.

y que en su caso ha seleccionado lo mejor de lo mejor de todo lo que la vida le ha ofrecido para forjarse una tradición tan original como única, a sabiendas de que la originalidad *per se* es una estafa. Y quizá para él, en lo más profundo de su ser, no se ha entrado en una fase de decadencia terminal porque nunca se ha salido en Latinoamérica de ésta. Ser latinoamericano es ser un auténtico sobreviviente de todo y de todos. De ahí también que se podría decir que si hubiera un pensamiento cardinal de su obra tendría que ser una sabiduría vital de la mansedumbre que acepta sin regocijo y sin desdicha, buscando gustar y degustar cada tonalidad, los pequeños hallazgos de la vida cotidiana. Hombre práctico, soñador empedernido, amante de la buena vida, no buscó durante toda su vida sino la cacería sistemática de las pequeñas epifanías de lo imperceptible. Aclarando: no es que sea mejor o más profundo que Cioran o Caraco, los tres, cada uno a su manera, resultan pensadores excepcionales para repensar la condición humana en su situación limítrofe imposible. Apropiándonos de la analítica existencial heideggeriana: se podría decir que se trata de tonalidades afectivas existenciales diversas. Mientras que para Cioran la tolerancia resulta de la disminución del ímpetu vital, y para Caraco es signo y designio del error humano en el error inhumano, para Gómez-Dávila la pluralidad de ideas redundante en diversidad vital. Desde una perspectiva sudamericana, la aceptación de lo diverso tiene su raíz en vivir el multiverso cultural pletórico de sentidos ambiguos y contradictorios. El barroquismo es parte fundamental de nuestra existencia y co-existencia en esta extremadura ancilar del orbe. El escritor sudamericano, como él mismo se había definido de manera consciente, brutalmente consciente, sabe que su situación ancilar y periférica es ya en sí misma anómala y nómada, anormalidad pura y dura, como para todavía, encima de eso, hacerse el interesante y ponerse metafísico y patidifuso, lo que sería más lamentable, según consigna.

Empero, Gómez-Dávila dada su condición de habitar y ser de la periferia, le permite dicha posición estratégica tener una mirilla de un observador como un *outsider*. Podemos imaginarlo como alguien que no ha sido invitado a la gran fiesta del saber pero que se ha colado y está en la escena central justo en sus umbrales participando de todas las viandas y sin que nadie se percate de su existencia logra disfrutar lo mejor y lo hace con la mayor discreción. Quizá por eso, intenta asumir con benevolencia las contradicciones vitales sin caer en extremismos, y sin pontificar diatribas ni

anatemas contra el mundo. Incluso cierta elegancia de su estilo tiene que ver con una extraña mezcla de clarividencia, lucidez, mansedumbre y piedad. En este sentido su pensar sudamericano meditabundo se acercaría más a cierta resignación estoica satisfecha que bien se podría ubicar en algunos pasajes y paisajes de las *Meditaciones* del sabio emperador romano Marco Aurelio cuando nos inscita e invita a asumir las desgracias y fatalidades del mundo desde el cultivo tenaz, audaz y sistemático de la libertad de pensamiento como culto y cultivo sosegado del hombre interior. Mortal equilibrista entre la desesperación y la esperanza, entre el repliegue en sí mismo solitario y el despliegue puntual y solidario en la vida cotidiana y sus deberes. Ambos fueron hombres que oscilaron entre la pasividad de la introspección reflexiva y la laboriosidad de la acción creadora.⁵⁹

El puntillismo de su estilo suaviza su perspectivismo inmisericorde, y lo tiñe de una dulzura piadosa sin afectación y sin lirismo melodramático subjetivista. Paradójicamente sus expresiones y sentencias, absolutamente singulares, están muy lejos de ser impresiones subjetivas caprichosas. A diferencia de Cioran o Caraco, jamás sacrifica la búsqueda de la verdad por la búsqueda de estilo, de ahí sus repeticiones y reiteraciones que enfatizan algún matiz de una palabra que es desgranada en su mazorca de múltiples sentidos y tesituras. En este sentido podríamos pensar que la extrañeza profunda de la escritura y del pensamiento de Gómez-Dávila emerge de una lucidez tocada por haber atisbado el aura sagrada de la fe en un mundo pletórico de sentido; *atisbos de lo sacro, el enigma y lo numinoso* podría haber sido el subtítulo de sus *Escolios*. Insisto: son atisbos, entrecijos, vistazos que relampaguean en la noche del misterio impenetrable.

Por todo esto, Gómez-Dávila estaría más cercano a los sabios antiguos en su búsqueda de una sabiduría vital en pos de un conocimiento útil para la vida cotidiana que de los pensadores modernos o posmodernos que están en contra de las grandes verdades. Asimismo su estilo literario, está más próximo de la sentencia, apotegma, pensamiento o máxima que del aforismo fragmentario. En este sentido estaría muy lejos de ser conservador y reaccionario, pues no hay nada ya que conservar ni restaurar, sino que sería una suerte de anarquista revolucionario originario, más próximo a

59 Aurelio, Marco. *Meditaciones*. Madrid: Gredos, 2005, p. 32.

Jacob Burkhardt y a Fernando Pessoa que a Nietzsche, a Marx o a Bakunin. Y resulta tanto más paradójico por elocuente, su aportación inédita, porque no buscó nunca ser original ni singular; originalidad y singularidad son por añadidura de un pensamiento y de un estilo que huye de toda moda o modo al uso. No hay nada en él que no surgiera de “la combustión de los huesos” como diría otro gran escritor católico hispanoamericano como Ramón López Velarde. Ambos genios, cada uno a su manera, enfatizan el drama interior de ser hombres de fe en un mundo desalmado y desarmado de toda verdad trascendente. Y sin embargo, su obra es un gesto auténtico por remontar el páramo del nihilismo reinante. En este sentido, quizá la obra de Gómez-Dávila esté lejos de Cioran y de Caraco, y más cerca, del aliento espiritual de Pascal, Kierkegaard y Unamuno. Pero su fe, sin dejar de ser verdadera y auténtica, sin arredrarse o amilanarse, sabe que tiene que remontar la noche absoluta del mundo contemporáneo.

Cioran, Caraco, Gómez-Dávila: formas de la existencia melancólica

Las cercanías entre Cioran y Caraco son tan contundentes como definitivas: en ambos se enhebra como hilo conductor de una escritura paradójica la lucidez de una conciencia desgarrada y desgarradora; en ambos, hay una condena de la utopía como fatamorgana hipnótico; también, en ambos, hay un desprecio por las masas alienadas estúpidas e ignorantes, empero, mientras que el suicidio en Cioran es una idea tan enloquecedora como vitificante, en Caraco viene a ser la solución definitiva. De la tentación suicida cioranesca, se pasa a la certidumbre del suicidio caraquesca, muesca de un rictus que se cumplió de manera inexorable con la muerte del padre; del ejercicio de libertad soberana al fardo de la desgracia de entrañar la conciencia humana, de las cimas de la desesperación al subsuelo de la desesperanza; el frenesí patético de Cioran contrasta con el rigor distante del taxidermista de Caraco. De la escritura como extracción de la podredumbre alquímica en mansedumbre literaria a la escritura como calcinación contraída y derruida del dolor de ser hombre. De la hipótesis vitalista de Cioran a la certeza de que todo está irremediabilmente perdido hoy y para siempre por los siglos de los siglos. Habría que contraponer la risa vital liberadora como posibilidad del suicidio en Cioran contra la burla mortecina de una ironía fragmentaria y fragmentada, fractalizada en miles de escorzos y esquiras de una lucidez

carente de sentido vital que se verifica como imposibilidad absoluta de vivir digna y felizmente.

Mientras que Nicolás Gómez-Dávila considera que el círculo de la vida-muerte se vuelve una espiral trágica que hace del bien-morir una discreta forma de resistencia estética y ética, pero sin grandes aspavientos, y aún conserva la fe en otra humanidad que pueda remontar la devastación de sentido. La fe y la esperanza han sido desahuciadas tanto por Cioran como por Caraco, en cambio, Gómez-Dávila espera su auténtica restauración. Hombre de fe, católico, cristiano, amante de los clásicos antiguos griegos y latinos, el pensador colombiano marginal y marginado del pensamiento intelectual, para quien ha llegado la hora de repensar en y desde los márgenes, un poco como Cioran, pero más allá del escepticismo decadente de éste, se tendría que hacer del margen un umbral de recreación de la verdad y del sentido. Quizá su espíritu discreto de comentarista, escoliasta según su propia autodenominación, le haya permitido tener una actitud más modesta, y al mismo tiempo, más atenta a las pequeñas y discretas posibilidades de sutil renovación.

Cioran, Caraco, Gómez-Dávila, más allá de sus singularidades absolutamente irreductibles son tres pensadores-escritores del abismo que escriben a contracorriente de la modernidad ilustrada y del pensamiento edificante, no ofrecen ninguna cura ni alternativa frente a la debacle existencial personal y colectiva. Anti-modernos que asumen la decadencia de la humanidad como un proceso irreversible e inevitable. Los tres han declarado la guerra sin cuartel contra los grandes relatos de la modernidad: Progreso, Superación, Iluminación, Evolución humana. Han hecho de la escritura una máquina de guerra contra el orden establecido desde la asunción del nihilismo más extremo, cada uno a su manera, nos pinta un gran fresco del fiasco y fracaso de la humanidad del siglo XX. Empero, Gómez-Dávila no deja de apostar por la posibilidad de restauración de otro orden existente. Asume la fe y la verdad como dogmas fundamentales de la propia condición humana, mientras que para Cioran y Caraco toda fe y cualquier tipo de verdad resultan engañosas y, peor aún, peligrosas por sus efectos éticos y políticos en la sociedad presente y venidera. Quizá sea porque Gómez-Dávila ha hecho del margen latinoamericano un espacio de autocreación de sentido más allá de toda derrota o fracaso, pues asume a priori que los subalternos somos los excluidos de la Historia Universal y no nos queda lamentarnos con la verificación del estado de ruina de

Occidente sino recrear, aunque sea, muy discretamente un pequeño margen de reinención del sentido, asumiendo su diáspora y exilio perpetuos.

Para Caraco no hay alternativa alguna posible, la catástrofe resulta inminente e inmanente, imposible sustraerse, y no tiene caso hacerlo. La masa humana estupidizada y lobotomizada debe –según él perecer– para dar paso en las cenizas de la barbarie e ignominia al renacimiento de una nueva humanidad. En alguna ocasión escuché a un especialista en Heidegger que hacía una defensa del nazismo del pensador alemán arguyendo que no era un racismo físico o biológico sino metafísico y espiritual, cuando escucho a mis vecinos en la madrugada con reguetón u otras coas impresentables como música, quisiera eliminarlos de la faz de la tierra como en las series de dibujos animados con una goma universal, pero no existe tal cosa ni tal posibilidad, así como ellos tienen que soportarme cuando escucho a Bach, Beethoven, Mozart, música dodecafónica y atonal y jazz que seguramente les resulta una experiencia tan incomprensible como indigesta, imposible creer tener una verdad, experiencia o conocimiento superiores a los demás, el peligro del fascismo y del micro-fascismo ha estado presente siempre en todos los seres humanos, no se diga en los intelectuales de Platón hasta Heidegger, pasando por Paz y Sábato. Sabemos a dónde llevan los juicios sumarios sobre una población inhumana o prehumana. Resulta imposible asentir en torno a la condena de una humanidad alienada e idiotizada, frente al avance del conformismo y insignificancia generalizados habría que oponer la inteligencia y la lucidez que anida en lo común y en los sujetos singulares como seres anómalos y nómades.

5.- Pequeña conclusión: Crear, pensar, escribir al margen

Crear, pensar, escribir al margen, en y desde el margen es una condición de grandes pensadores excepcionales marginales. Mientras que Alberto Caraco hizo de la lucidez extrema una forma también extrema de aristocracia intelectual sin ninguna concesión, tan extrema fue su absoluta coherencia que tuvo que terminar en el suicidio. Ahora bajo el contexto de la pandemia globalizada, la sabiduría hiper-corrosiva del *Breviario del Caos*, se constituye como atisbos de una profecía cumplida.

Nicolás Gómez-Dávila hizo un oasis de paz y tranquilidad libresca

en la ajetreada Bogotá. Lector que leía apostillando los clásicos con notas fulgurantes e hiperlúcidas. De forma intencionada, su discreta vida apenas alcanzó al final cierto reconocimiento en su país y en el extranjero. Los *Escolios* antologan y condensan los clásicos desde una modernidad extrínseca y periférica, puede considerarse más un extemporáneo que intempestivo, antimoderno que pre o posmoderno. Obra única y diversa que va sembrando, a través de una existencia contenida, una serie de huellas y fragmentos de una inteligencia hecha y deshecha en esquirlas y pequeñas joyas del pensamiento y de la belleza artesanales.

En este contexto, escribir y publicar no sería sino compartir esa risa silente impasible y apasible que bordea los misterios de la nada, pero que ante, ya no tanto, enigma profundo, prefiere la levedad de la fina ironía que nos recuerda que ser mortal casi es una broma que nos cuesta la vida, y por ello, quizá valga la pena compartir las cuitas con los otros, porque se sabe que las penas con pan, y el pan siempre es compartir, son menos, o al menos más llevaderas. Por tanto el maestro colombiano coincide con el maestro rumano y con el maestro judío-sefardí en cuanto consideran, los tres, que la filosofía que se divorcia de las letras termina por empobrecerse, y nos vuelve torpes y carentes de fineza. Ante la pobreza material y espiritual del mundo inmundo aún nos queda la posibilidad de tomar cierta distancia glacial. La escritura como auto-interrogación nos lleva al desconocimiento del sí mismo y al viaje en estado de trance en los linderos limítrofes de una nada exasperante que se respira a flor de piel. Pensar y escribir en y desde el margen haciendo del umbral un espacio tanto de cuestionamiento como de creación sin fin. Pensar y escribir en y desde la incertidumbre radical sin el anhelo de una utopía pero sí con la lucidez y luz que guía la errancia de los mortales. Tejer solidaridades solitarias errantes y erráticas. Cioran, Caraco, Gómez-Davila profundizan en una escritura como arte de la lucidez extrema cuya única divisa sería el libre juego de un espíritu humano atormentado por la noche sagrada que ahora en el abandono de lo divino regresa con una furia salvaje silente.

Volvamos al escritor ícono de la generación perdida, cuyo nombre artístico rinde homenaje a una hermana fallecida: Louise Scott Fitzgerald, muerta poco antes del nacimiento del escritor. Cioran había escrito a propósito del autor de *The crack-up*, colección de ensayos y notas que el rumano admiraba: la lucidez extrema es un resultado tardío de la existencia atormentada, fruto de un accidente fortuito y de una existencia siempre al

borde de la catástrofe; solamente ahí pudo atisbar con meridiana claridad las verdades más irrespirables y patéticas. Las verdades diurnas de la vida cotidiana no logran penetrar en el corazón de la verdadera noche del alma. En este corazón sombrío que se autodefine como *un Job sin amigos, sin Dios y sin lepra*, y sobre todo: *sin fe*, se verifica la experiencia del *pathos* pascaliano asfixiante pero ya sin el espíritu religioso del maestro de Port-Royal.⁶⁰

Si para Fitzgerald el colapso de una vida humana no es sino el signo y signo de su misma condición finita-infinita abocada y desbocada hacia su propia destrucción, el lector que se abisme en las obras singulares de Cioran, Caraco y Gómez-Dávila, encontrará un puñado de dardos y sentencias evenenadas que harán de su lectura un arte de re-escritura del sufrimiento del ser y quehacer de los mortales; y quizá por eso mismo, otro escritor maldito cuya fama sepultó su grandeza como lo fue Jorge Luis Borges atisbara que no nos queda sino aspirar a esa meta suprema que es el olvido: *yo he llegado primero*. La aspiración del olvido, de sumergirse en la sagrada desaparición de la nada, ha sido una meta atisbada por grandes maestros, empero su arte de la desaparición no pocas veces deja, intencionales o no, huellas muy tangibles. Paradojicamente, fue Cioran quien con más ahinco se propuso fracasar, pero lo hizo con demasiada maestría, quizá por eso logró triunfar como *maestro del fracaso*, mientras Albert Caraco tenía suficiente soberbia como para estar más allá del éxito o reconocimiento, y por lo mismo, su escritura fragmentaria estilizada le valió el podium de los grandes estetas, en tanto que Gómez-Dávila, quizá con un poco más de humildad y veneración a los grandes asumía que triunfar o fracasar no eran sino variantes de un fracaso mayor, a saber, la debacle del hombre ante su propia existencia y la desmesura de hambre de infinito que le habita y le abisma en el naufragio ineluctable. Cioran se ha vuelto un objeto predilecto para estudios, tesis e investigaciones de jóvenes filósofos que intentan huir del corset racionalista.

Cioran, Caraco, Gómez-Dávila: escrituras cruzadas que en su encuentro-desencuentro con el mundo nos plantean las atroces revelaciones de la existencia como un enigma al alcance de los mortales. La opacidad

60 Cioran, E. M. "Exercices d'Admiration", *Œuvres, op. cit.*, pp. 1615-1616.

6.- Bibliografía

- Aurelio, Marco. *Meditaciones*. Madrid: Gredos, 2005.
- Camus, Albert. "El mito de Sísifo. Ensayo sobre el absurdo". *Ensayos*. Madrid: Editorial Aguilar. 1981.
- Caraco, Albert. *Breviario del caos*. Madrid: Sexto-Piso, 2006.
- *Post Mortem*. México: Sexto Piso, 2006.
- Cioran, E. M. *Conversaciones*. Madrid: Tusquets, 1997.
- *Ese maldito yo*. Barcelona: Tusquets, 2012.
 - "Exercices D'Admiration". *Œuvres*. Paris: Gallimard, 1995.
- Fitzgerald, Scott. "El colapso". *El placer y la zozobra. El oficio de escribir*. Ciudad de México: UNAM, 1996.
- Gómez-Dávila, Nicolás. *Breviario de escolios*, Girona, Atalanta, 2018.
- *Escolios a un texto implícito*. Bogotá: Villegas Editores, 2002.
- Herrera, Liliana y Abad, Alfredo. *Cioran. Ensayos Críticos*. Universidad Tecnológica de Pereira: Pereira. 2008.
- Kavafis. "La ciudad". *Obra escogida*. Barcelona: Fontana, 1995.
- Saenen, Frédéric. "Pourquoi lire Albert Caraco?". *Société des lecteurs d'Albert Caraco*. Blog. 10 de Octubre de 2021.
- Valcan, Ciprian. *Influencias culturales francesas y alemanas en la obra de Cioran*. Colombia: Universidad Tecnológica de Pereira, 2016.

Villarreal Hernández, Alberto y Caraco, Albert. "La muerte en letra viva", *Armas y Letras. Revista de Literatura, arte, cultura de la Universidad Autónoma de Nuevo León*, Año. 19, No. 90, 2016.

Volpi, Franco y Gómez-Dávila, Nicolás. *El solitario de Dios*. Bogotá: Villegas, 2005.